

La Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 31 DE AGOSTO DE 1914

NÚM. 1.705



S. S. EL PAPA PIO X, fallecido en Roma el día 20 de los corrientes

(De fotografía de Felici, remitida por Carlos Abeniacar.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo tercero de la serie correspondiente al presente año, que será

OBRAS DE ENRIQUE HEINE

Comprende esta colección *El libro de los cantares, Sonetos, Hojas sueltas, El romancero, El regreso, Las montañas de Harz, Intermezzo lírico, Últimos cánticos* y otras composiciones del incomparable lírico alemán, de cuyas poesías se declaró el más ferviente admirador y el más deseoso de propagar su conocimiento en España el ilustre polígrafo Menéndez Pelayo, gloria de la humanidad y honra de nuestra patria.

La traducción en verso de las OBRAS DE ENRIQUE HEINE ha sido hecha por el celebrado poeta D. José Pablo Rivas, quien, en su versión castellana, ha sabido conservar toda la frescura, todo el sentimiento de las composiciones originales, ajustándose al propio tiempo estrictamente a la métrica de las mismas.

El tomo va ilustrado con profusión de láminas y grabados intercalados en el texto.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El «Don Carlos» de la costa*, por José Pérez Hervás. — *Guatemala. Inauguración de un monumento.* — *La guerra europea.* — *El juramento de Nadia* (novela ilustrada; continuación). — *S. S. el Papa Pío X.* — *El Rdo. P. Francisco Javier Wernz.*

Grabados. — *S. S. el Papa Pío X, fallecido en Roma el día 20 de los corrientes.* — Dibujo de Opisso, ilustración al cuento *El «Don Carlos» de la costa.* — *Guatemala. Monumento erigido por iniciativa del ejército para conmemorar la terminación del ferrocarril Interocéánico*, obra del arquitecto e ingeniero argentino Luis A. Fontaine. — *San Sebastián. La familia Real* (lámina). — *La guerra europea. Los franceses en la frontera del Este.* — *Mopá de Bélgica.* — *La guerra europea. El ejército inglés.* — *El ejército francés.* — *El sitio de Lieja.* — *El general von Ennig.* — *Retrato de Pío X cuando era capellán de Tómb'o.* — *Riese. Casa en donde nació Pío X.* — *Último consistorio público celebrado por S. S. Pío X.* — *El Rdo. P. Francisco Javier Wernz.* — *La guerra europea. Los servicios de la administración militar francesa.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por primera vez, desde hace tantos años, puede decir España que se encuentra en situación privilegiada respecto a las demás naciones de Europa. La guerra no ensangrienta sus campos; la invasión no los pisotea; su dinero sigue valiendo lo mismo que valía, y más, con relación con el de otros países; su crédito no ha sufrido; y en su seno buscan refugio y seguridad, no sólo sus hijos, sino numerosos extranjeros que huyen de la catástrofe. El único temor es que no dure tanto bien. Apenas osamos creerlo.

Al generalizarse el incendio, una chispa puede prender en nosotros. Y, además, y para aguarnos la fiesta, hay quien dice (empezando por Lerroux) que nos será funesta la neutralidad.

Entretanto, lo repito, una sensación de bienestar y de tranquilidad predomina, no sólo en las conversaciones particulares, sino en el tono de los artículos de la prensa. Vemos (o creemos ver) los toros desde la barrera, sin peligro alguno de cogida.

* *

Y con todo eso, la normalidad de la vida se ha suspendido.

Una paralización de las iniciativas acompaña — y no podía menos — a esta situación que todos declaran nunca vista. La menor cosa parece amenaza, complicación, tristeza, riesgo. Algunas familias viven llenas de congoja, por la imposibilidad de remitir fondos al ser querido que se encuentra en el teatro de la guerra sin poder salir de él. Digo el teatro y debiera decir los teatros, porque esta guerra tiene varios, y está llamada, según parece, a tener muchos más, tal son de numerosas las naciones que quieren entrar en danza, quizás con el pío de lucir los barquitos del último modelo y los cañoncitos de nueva invención.

* *

Claro es que, en primer término, no podían faltar los japoneses. Estos han podido persuadirse de dos cosas: que la guerra forma las nacionalidades y engrandece a los pueblos; y que, a pesar de las apariencias, no es el número ni aun la sólida estructura militar lo que da la victoria.

Su lucha con el enorme Imperio ruso les ha demostrado tal verdad. No es oro todo lo que reluce. No es vigor todo lo que se le asemeja. David derriba a Goliath, si le acierta con la piedra de la honda en mitad de la frente.

Y desde Portugal hasta el Japón, no queda nadie que no se revuelva contra Alemania. Parece que asistimos al espectáculo de una de esas confederaciones de pueblos y reyes contra otros reyes y otros pueblos, que registran los anales clásicos. Tal fué la Liga anfiónica, que formaron, ya antes de la célebre expedición de los Argonautas, los príncipes de Tesalia, para defenderse mutuamente de los Bárbaros. Reuníanse, en otoño y primavera, en las Termópilas, y fueron atrayendo a su Liga a los demás Estados griegos.

* *

Hubo en esta Liga, como ahora en la coalición europea adversa a Alemania, un sentido económico, una intención comercial, que produjo el viaje de los Argonautas, cuyas naves construyó nada menos que la Diosa Minerva. Cuando se lee lo referente a esta expedición, tan antigua y tan moderna a la vez, antigua por su fecha, moderna por sus fines comerciales, se siente un estremecimiento de entusiasmo, como si algo sagrado se revelase. En las naves, de cincuenta pares de remos (cosa por entonces asombrosa, tanto o más que nuestros contemporáneos *dreadnoughts* para nosotros), iban Orfeo, el divino cantor, y el médico Esculapio, hijo de Apolo. Iban también Hércules, y los Dióscuros, Cástor y Pólux, nacidos del Cisne, y Teseo, el gran legislador futuro. Y el jefe de los Argonautas, Jasón, disponíase a raptar a Medea, la maga.

* *

Los griegos, en esta expedición memorable y semifabulosa, aprendieron una alta lección política: la fuerza que presta la unión. No tardaron en aplicarla, marchando juntamente la mayor parte de sus reyes sobre Tebas, para intervenir en la contienda sacrilega de los hermanos enemigos. Destrozados ante los muros de la heroica ciudad los jefes asociados, más tarde sus epígonos, sus hijos, volvieron a coligarse, y, acometiendo a Tebas, la arrasaron y saquearon. No mucho después, fué cuando otra vez Grecia entera se juntó y confederó para una empresa que la alzó en masa contra el Asia: la conquista de Troya, el reino de Príamo.

De este suceso arranca, no sólo la verdadera historia de Grecia, que sale de los limbos del mito y de la fábula, sino la civilización del mundo, que se consolida por Grecia, y se difunde por Roma, y evoluciona más adelante por el cristianismo.

* *

Reunía la magnífica Confederación mil ciento ochenta y seis naves, y las tripulaban más de cien mil hombres. Hoy esta cifra hace sonreír. ¿Qué son cien mil hombres, en las actuales circunstancias? Una gota de agua en el océano de ejércitos que parecen soñados en pesadilla de titanes. Pero lo más alto y significativo que se ha hecho en el mundo, se ha hecho con poca gente (en comarcas muy pobladas, eso sí). La idea heroica procede de esos cien mil hombres, que mandados por héroes cuyos nombres jamás olvidarán el arte ni la historia, fueron a luchar por el mundo occidental, y a preparar su dominio sobre el asiático.

Más tarde, amenazada la independencia helénica por las persas, volvieron a fundirse los Estados, olvidando disensiones. A esta concordia debieron la jornada de Maratón, eternamente memorable, que inmortalizó el nombre de Milcíades, al cual la ingratitud de la patria hizo expirar entre cadenas. Creyeron los atenienses que la victoria de Maratón les aseguraba la paz y que los persas y medos quedaban aniquilados; pero el genio de Temístocles había adivinado el porvenir.

* *

Jerjes, fuese por consejo de Mardonio o por propia ambición, ansiaba vengar la derrota de Darío y someter la Hélade. Una flota, formidable en aquel tiempo, abordó a las orillas del Helesponto. Y fué entonces cuando el insensato tirano hizo azotar el mar con largos remos, lo marcó con un hierro ardiendo y le cargó de cadenas — que, naturalmente, no sobrenadaron — para castigarle por una tempestad que desbarató parte de su escuadra.

El acto de demencia despregió a Jerjes ante

sus tropas, que murmuraban, mientras él, subido a un promontorio, vertía lágrimas, pensando que del inmenso ejército de mar y tierra, que desde allí contemplaba, extendido — dentro de cien años no quedaría ni señal. Y pasado el rato de melancólica reflexión, el soberano decidió el ataque, y los griegos, confederándose, se prepararon. Los compañeros de Leónidas, hecho su combate funerario, al cual asistieron sus madres y esposas, corrieron a apostarse en el desfiladero de las Termópilas, por el cual tenían que pasar los persas. Nunca lograron pasarlo, porque no se lo consentían el valor y la furia de los defensores, sin la traición de cierto Epialtes, que les enseñó el sendero por donde se podía dar la vuelta a las posiciones de los griegos.

Nadie ignora cómo los persas hubieron de retirarse, por último, vergonzosamente derrotados. Lo ha cantado Leopardi en versos sublimes. Era el sentimiento de la patria común, era la idea de la entidad de la raza, lo que hacía fuertes a los helenos. Platea aseguró su triunfo. Otra confederación pudo costar a Atenas la hegemonía; y la Macedonia se fundó en un acuerdo del Anfiónado. Es siempre la idea federativa la que salva a Grecia, la que la guía a destinos espléndidos. Al unirse, adquieren ese sello de grandeza que han conservado, y no ha conseguido emular ninguna nación moderna, excepto España en sus épocas de soberanía; pero España estaba sola, lo hacía todo sola, y fué la causa de su pérdida.

Grecia también empezó a decaer, desde la muerte de Alejandro, que rompió los lazos de la Confederación y trajo la discordia, al querer todos sus capitanes alzarse con coronas y cetros.

* *

Me he perdido en estas sacras memorias, tan emocionantes para quien las sepa evocar, quizás porque la guerra contemporánea, todo lo colosal que se quiera, no es, merced a lo confuso e inseguro de las noticias, más que un caos, en el cual sólo se percibe un remolino de confusas sombras.

A la hora en que esto escribo, nadie sabe nada, y hay, entre la historia de Grecia y el conflicto europeo, la diferencia que va de un camafeo de alto relieve y maravillosa escultura, y un borroso cliché de periódico. La historia no se conoce, no se saborea, hasta años después de sucedida. Por eso la guerra, que transtorna a la mayor parte de las naciones civilizadas, me produce, en el presente momento, una sensación de fastidio.

Las contradictorias noticias, unas de origen francés, otras de origen alemán, que aquí conocemos, son para volver loco al más cuerdo, para desorientar al mejor informado. De aquí las hipótesis, las dudas, las novelas, a capricho, fantásticas, fundadas. En vano se fatiga el pensamiento queriendo seguir en su marcha a estos ejércitos que se acumulan en la frontera.

* *

Aumenta el desconcierto el que los sucesos han ido al revés de lo que cualquiera, ocho días antes de estallar la lucha, se hubiese podido imaginar. Italia desorienta, Francia desorienta. Italia, según las más positivas probabilidades, había de marchar con Alemania, y salimos con que, si no marcha en contra, por lo menos conserva amenazadora neutralidad. Y Alemania se ha quedado como nosotros *in illo tempore*; sola, en pugna con Europa casi entera. Hasta no parece que Turquía se arranque a ningún paso decisivo.

Lo positivo es que todas las afirmaciones referentes a la superioridad militar de Alemania, a la imposibilidad en que se veía Francia de resistir, a la desorganización de los ejércitos franceses, se encuentran algo desmentidas. Un país nada predispuesto a aventuras belicosas, Bélgica, es obstáculo invencible, o siquiera temible, al rodar del alud de combatientes que iba a caer sobre Francia, impetuoso y fatal. He aquí las grandes sorpresas de la historia. ¡Con esto no contábamos! Sólo que, en realidad, esto es el prólogo. Veremos la epopeya y su epílogo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de Carlsbad
es la única legítima Sal de

EL «DON CARLOS» DE LA COSTA, POR JOSÉ PÉREZ HERVÁS, dibujo de Opisso



... y dejado un papel bajo un pellejo, pero sin recatarse

El *Coll de l'Alba* se había negriazulado al ocultarse el sol de las montañas opuestas. Desde su meseta se veían ya obscuras las frondosas faldas, cubiertas de algarrobos y viñedos. A los pies, la costa mostraba una blanca faja arenosa, que hacia la derecha aparecía más morena por el color de los peñascos. El mar, sosegado, elevaba un vago murmurio.

Un carro avanzaba lentamente por la senda más espaciosa de la cima. A la creciente luz lunar se percibía claramente un rostro prognato, una cabeza achatada, sobre un tronco zamborotudo. Era el tío Cinto. Naturaleza no se había mostrado pródiga en sus dones de belleza para con él; pero le había repleto de oro. En toda la costa no había propietario más rico ni más trabajador ni que mejor vida se diese.

Los pescadores, antes de enviar el producto de sus afanes a los mercados de la ciudad, llevaban a casa del tío Cinto lo mejor, y sucedía a veces que lenguados y salmonetes quedábanse para su mesa, y los ricos de la ciudad que deseaban pescado habíanse de contentar con salpas.

El tío Cinto era feliz, según la creencia de sus convecinos; pero él pensaba de muy distinta manera. Su esposa..., aquella mujer..., mejor, aquella niña con quien hacía tres meses había casado en terceras nupcias, no le mostraba sino respeto... Y respeto le habían tenido sus dos anteriores esposas, que se habían ido de este mundo en la flor de la vida, sin dejarle más recuerdo que Antoñuelo, el hijo de la primera, que entonces ya era un bizarro zagal de diecinueve años.

Y el tío Cinto no quería respeto; quería amor, el amor que no conocía, pero hacia el cual se le escapaba el alma...

Aquellos deseos de amor se habían agigantado y enconado terriblemente desde hacía dos horas. Venía de su viña, cuando al pasar por entre unos to-

rrereros, yendo muy despacio el carro, había saltado a éste Catalina, aquella morenaza de ojos traidores.

- *Me lleve en el carro, tío Cinto, hábleme dicho.*

Y el tío Cinto no había puesto reparo a ello.

- *Mire que es usted afortunado.*

- *¿Por qué, chica?*

- *Poique se lleva lo mejorcillo... Ana icen que era endivina... Rosa, la conocí, de oro; y Mari es una santa..., ji, ji, ji.*

- *¿De qué te ríes?*

- *De na, de na.*

Y la traidoraza se había como caído sobre el rático, y dejado un papel bajo un pellejo, pero sin recatarse.

En aquel punto llegaba el carro al casal de la moza y Catalina saltó de un brinco, dejando intrigado al tío Cinto, quien cogió el papel abandonado y lo leyó a la luz del crepúsculo.

Era una carta para Mari, una misiva de reconvencción, de amor desesperado, de reconcentrado odio contra un destino implacable... Firmábala Antoñuelo...

La revelación era espantosa. ¿Sería posible? ¡Ah, sí! Ya tenía el tío Cinto la explicación del respeto y de la frialdad de su joven esposa. Peor para ellos. Y fustigó a las mulas.

Y mientras el carro avanzaba ahora rápidamente por la senda más espaciosa de la cima, los ojillos del tío Cinto despedían siniestro fulgor sobre sus abultadas quijadas, como las luces tremebundas que brillan de noche en las ventanas del presidio.

II

Entró Catalina en el corral de su casona y quedó dolorosa y agradablemente sorprendida. Sentados en un banco compartían amigables su hermano Juan y Antoñuelo.

Éste levantó la mirada y percibió algo pavoroso en los ojos de la moza... Catalina se acercó confusa y estremecida a los dos jóvenes y se separó al instante de ellos, como alocada.

Su hermano levantóse del banco, y cogiéndole de las muñecas, la interrogó violento:

- *¿Qué has hecho? ¡Condenada! Algo ties, cuando así tiembblas... ¿Quiés que llame a padre? Habla.*

- *Déjame, que me lastimas, contestó Catalina*

mirando alternativamente a su hermano y al joven Antoñuelo, que no había dejado aún el asiento.

Pero Juan insistió:

- *¿Imaginas que no sé que has ido esta mañana a casa de Mari? ¿A qué, di? Pus te ha visto que *l'has registrao* el baúl y has cogido unos papeles...*

Catalina no tenía bríos para negar; la vista inesperada de Antoñuelo la había desarmado y apagado su fuego de venganza. El amor que sentía por el joven, y que había visto despreciado hasta el punto de hacerla concebir la más negra vindicta, revivió ahora con toda su fuerza.

- *¿Qué has hecho de esos papeles?, preguntóle Juan.*

- *Los *hi* roto.*

- *Mientes, ¿dónde están?, y Juan apretaba más y más las muñecas a su hermana.*

- *Los *hi* roto, digo. Todos menos uno; una carta que *si* la he *dao* al Sr. Cinto.*

Antoñuelo irguióse como una fiera, y acercándose a los hermanos, rugió:

- *¿Cuándo, desgraciada?*

- *Ahora mismo, va en la carreta, por el camino grande.*

Juan soltó a Catalina, que entró en la casona gimiendo, y el joven miró el rostro de Antoñuelo, demudado, tembloroso.

- *Tenías razón, y pus sospechabas, debías de haber advertido a Mari... ¡Oh, las mujeres celosas son mucho malas!.. Y ahora, ¿qué hacemos?*

- *Yo, irme; mi padre es muy violento y temo que mate a Mari... Sin ella moriría yo...*

- *Pobre amigo, qué situación.*

- *Espantosa, la veo...; el hijo enamorado con torpe pasión de su madrastra, y las costumbres de la sociedad, el orden de la naturaleza, las leyes, todo contra esta pasión; mis deseos atentando contra los derechos de mi padre...; lo comprendo y, a pesar de todo, amo: esto me lleva a la locura o a la muerte y, sin embargo, amo a Mari con toda mi alma... Y ahora ese amor loco y vengativo de tu hermana, por mí, ya lo ves, será la causa de mi perdición.*

- *No, aun hay esperanza.*

- *¿Dónde?*

- *Déjame hacer. Toma el atajo y prepara a Mari por lo que pueda acontecer. Yo voy en busca de tu padre.*

- *Ten prudencia.*

- *Tengo amistad y debo deshacer el mal que mi hermana ha pretendido causarte.*

III

Un grupo de amigachos que en un algarrobal ale-
daño al camino habían estado de zahora, vieron pa-
sar al tío Cinto y le llamaron. Hicieronle el buz a
porfía todos, pero no consiguieron que probase sino
un bujarasol y un traguillo de lo añejo. El tío Cinto
pareció hipnotizado ante
la rojura de la fruta pri-
mero y de la del vino des-
pués. ¡Y es que en su
mente sólo veía sangre!..

Apartóse de los tardíos
zambrosos, y apenas lle-
vaba dos minutos de ca-
mino, cuando le alcanzó
Juan.

— ¿Para el pueblo, se-
ñor Cinto?

— Sí, muchacho.

— Yo también, y a es-
cape... Padre está fuera
con el carro, y mi jaco
está cojo... Si no iría más
aprisa...

— Buen paso traes, mu-
chacho, cuando me has
alcanzado.

— Pero no podré conti-
nuarlo así mucho rato.

— ¿Quieres subir?

— Ya lo creo, muchas
gracias.

Y de un salto, Juan se
plantó en el carro junto
al tío Cinto.

— ¿Y qué es ello?, pre-
guntó éste.

Juan hizo un gesto de
pesadumbre.

— Pues que Catalina
está loca, o lo estará
pronto.

El tío Cinto levantó
asombrado la cabeza.

— ¿Cómo?

— No sé; creo que amor
no correspondido. Se ha
encerrado en su cuarto
desde esta mañana, y gri-
ta casi siempre lo mismo:
«Sí, Antoñuelo, te mata-
ré si no me quieres, y ha-
ré que tu padre te abor-
rezca, te lo juro; le diré
que quieres a Mari y te
matará; más te quiero
muerto que de otra, pues
dicen que te casarás con
Aurelia.» Le digo a usted
que me apena este estado
de mi hermana, y voy a
llamar al médico y tam-
bién a ver si veo a Anto-
ñuelo para que me dé al-
gunos detalles...

— ¿Pero Catalina está
encerrada desde esta ma-
ñana?

— Sí, la vi encerrarse,
y hace media hora, cuando volví de parar la noria,
la he oído gritar más reciamente; es espantoso.

— Pues yo la he visto este atardecer.

Y diciendo esto, el tío Cinto sacó de su pecho la
carta que entre el rático dejó Catalina.

Con toda naturalidad Juan la tomó, leyó y ex-
clamó:

— ¡Qué recondenada, y qué bien imita la letra de
Antoñuelo!

Y tras aquella expresión natural de Juan, desapa-
reció de los ojos del tío Cinto el siniestro fulgor que
los hacía esplender en la tenebrosa noche.

«Ya decía yo, hilvanaba en su interior el tío Cin-
to. ¿Cómo era posible que Mari fuese la combeza
de mi hijo?»

Y lentamente, gozándose en la tranquilidad reco-
brada, hizo añicos el traidor papel.

Llegaron al pueblo, y mientras Juan iba en busca
del médico, el tío Cinto marchó a su casa.

A recibirle salió Mari, con la misma tranquila
frialidad de siempre.

— ¿Y Antoñuelo?, preguntó el rico propietario.

— No ha venido aún, contestó emocionada la jo-
ven esposa, dirigiendo una mirada serena pero teme-
rosa a su esposo por la mentira que decía.

Antoñuelo llegó pronto, tranquilo y alegre.

Había visto a Juan.

IV

Aquella noche apenas durmió Mari. El tío Cinto
no concilió el sueño y Antoñuelo menos. El refle-
xionar que sin la ingeniosa intervención de Juan

— ¡Antonio!

— ¡Sí! No amaré a nadie... Voy a abandonar a Es-
paña; ya no volveré a ver a mi padre, cosa que no
me apena, pues no le tengo el más mínimo afecto.
En mí se ha extinguido la voz de la naturaleza; no
puedo amar a quien sospechando nuestro posible
amor no tuvo reparo en comprarte a la venalidad de

tus padres, asesinando mi
dicha.

— Nuestra dicha, aña-
dió Mari bañada en lágrimas.

— Oh, no llores; tus lá-
grimas ablandan mi reso-
lución... Nuestro amor ha
sido puro como esa luz
que ahora ilumina los es-
pacios... Delante de Dios
no me arrepiento de ha-
berte amado así... Adiós
para siempre... Si bajas
luego a los peñascos del
Mongrit me verás huir
para siempre de esta cos-
ta... Sé para mi padre
una buena esposa...

Estas últimas palabras
fueron acompañadas de
una detonación de esco-
peta a través del naranjal.

Cayó Mari desvanecida
sobre la húmeda hierba,
y sobre ella, atravesado el
pecho por dos balazos, su
desgraciado y puro ama-
dor. La bata azul celeste
de Mari se fué tornasolando
con la sangre tibia del
joven, como con los
rojizos y ardorosos rayos
del sol se tornaba en púr-
pura el inmenso azul.

Con la escopeta de dos
cañones humeante vol-
viase cabizbajo hacia la
casa el tío Cinto, cuyos
ojillos, sobre sus abulta-
das quijadas, despedían
siniestro fulgor como las
luces tremebundas que
brillan de noche en las
ventanas del presidio.

GUATEMALA. — INAUGURACIÓN DE UN MONUMENTO.

Con ocasión de las gran-
des fiestas celebradas en
Guatemala para celebrar
el 43.º aniversario de la
revolución de 30 de junio
de 1871, efectuóse la in-
auguración del monumen-
to que adjunto reproducimos
y que ha sido erigido
por iniciativa del ejército
guatemalteco para con-
memorar la terminación

del ferrocarril interoceánico.

Este monumento, que se levanta en el hermoso
Bulevar del 30 de Junio, consiste en una base de
granito verde, sobre la cual se alza una esbelta co-
lumna triangular de pórfido rosado, rematada por
una estrella dorada; las gradas y la banqueta son de
basaltos morados. Al pie de la columna y en la cara
principal de ésta hay un grupo de bronce que repre-
senta la Patria coronando a un soldado; en las otras
dos caras se ven dos estatuas que simbolizan la Li-
bertad y la Justicia. La altura total es de 13 metros.

Después de haber desfilado las tropas por delan-
te del monumento, el Presidente de la República,
Sr. Estrada Cabrera, acompañado de los miembros
de su gobierno y de los invitados, procedió al acto
de descubrirlo. Acto seguido, el general D. Enrique
Arís pronunció un elocuente discurso ofreciendo el
monumento a la nación en nombre del ejército, ex-
presando el amor que éste siente por la Patria y elo-
giando la gestión del Presidente Sr. Estrada Cabrera
en beneficio de la paz y del progreso, y sus desvelos
y sacrificios para hacer de Guatemala un emporio de
luz, de prosperidad y de positivo engrandecimiento.

Al general Arís contestó en nombre del gobierno
el Sr. Soto Hall, agradeciendo en elocuentes térmi-
nos la ofrenda del monumento.



Guatemala. — Monumento erigido por iniciativa del ejército para conmemorar la terminación del ferrocarril Inter-
oceánico y que ha sido solemnemente inaugurado hace poco por el Presidente de la República Sr. Estrada Cabrera.
Obra del arquitecto e ingeniero argentino Luis A. Fontaine. (De fotografía de nuestro corresponsal P. J. Guirola.)

quizá a tales horas su preciosa madrastra sería ya ca-
dáver, que él mismo también habría sucumbido vícti-
ma de la iracundia de su padre, le desvelaba causán-
dole un tortor agónico en el pecho.

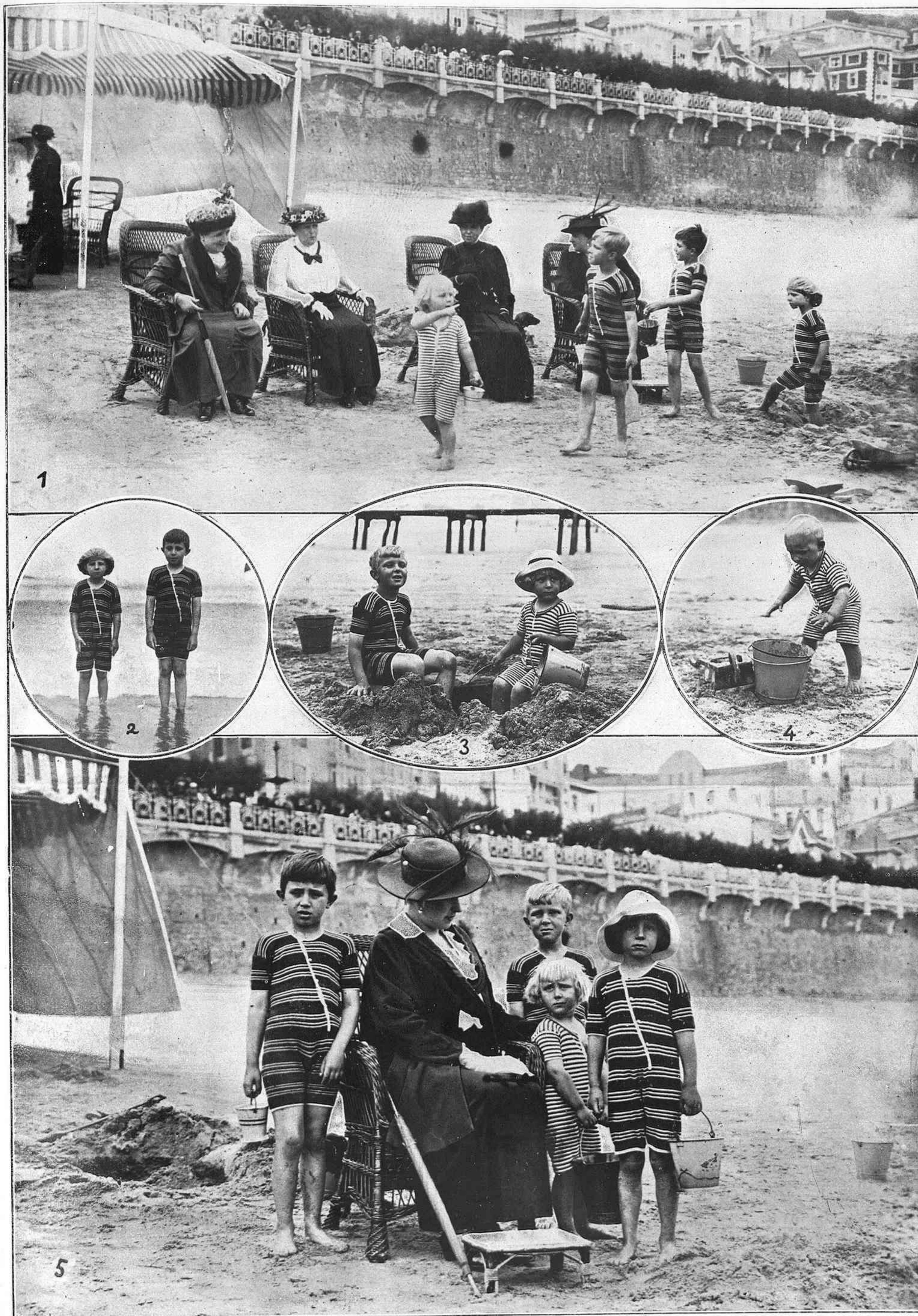
De madrugada salió al jardín. Los naranjos des-
pedían delicada fragancia. Entre los últimos frutos
blanqueaba el azahar de la segunda floración.

Iba sin tino por los enarenados paseos, caviloso,
hablando consigo. Al doblar una avenida suave, vió,
entre los naranjos, a Mari, vestida con vaporosa
bata azul. Todas sus reflexiones se esfumaron como
las últimas nieblas de la mañana ante la naciente
aurora, y entrando en la espesura, puso una rodilla
en tierra exclamando:

— ¡Mari!

— ¡Levántate! Infeliz, después de lo que sabe tu
padre te atreves aún...

— No, a nada me atrevo, es cierto, Mari. La amis-
tad de mi amigo Juan, el haberte librado de un pe-
ligro inminente, me han abierto los ojos... Una no-
che de insomnio me ha hecho despertar de mi largo
y penoso ensueño de amor. Ahora olvido lo pasado
y deseo que tú lo olvides también; mi pasión queda
sepultada y transformada en lo más hondo de mi
pecho, y mi corazón, de hoy en adelante, no alimen-
tará deseo mortal ninguno.



1. SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña María Cristina viendo jugar a los infantitos en la playa. - 2. El infante D. Jaime y la infanta Doña Beatriz al salir del baño. - 3. El príncipe de Asturias y la infanta Doña Cristina jugando en la playa. - 4. El infante D. Juan jugando en la playa. - 5. S. M. la Reina Doña Victoria con sus hijos el príncipe de Asturias, el infante D. Jaime y las infantas Doña Beatriz y Doña Cristina.



En Champigny: joven ofreciendo una copa de champaña a los tiradores senegaleses que procedentes del ejército francés de Marruecos han sido enviados a Francia y marchan a la frontera

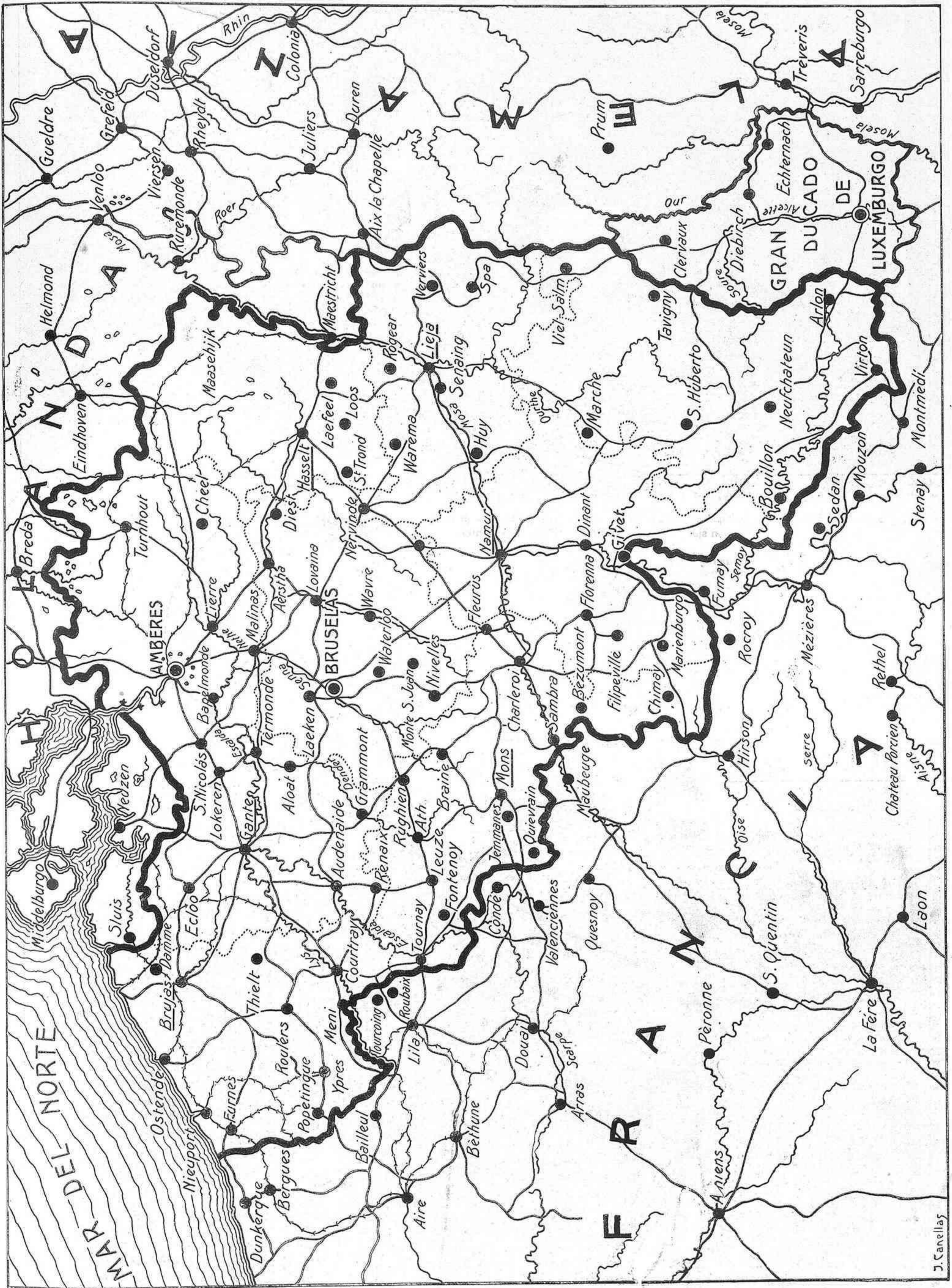
A medida que van adquiriendo mayor importancia las operaciones hácese más difícil la información de lo que en los distintos teatros de la guerra acontece. Esta dificultad sube de punto tratándose de periódicos de la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, pues resulta punto menos que imposible resumir en el poco espacio de que para ello disponemos las noticias que han llenado columnas y más columnas de los diarios.

Tengan en cuenta esto nuestros lectores y consideren, además, que hemos de conceder preferente interés a las informaciones gráficas y que el texto que las acompañe no pretendemos que sea una crónica de la guerra en el verdadero sentido de la palabra, sino simplemente una serie de notas sueltas referentes a los sucesos más importantes que en el curso de la lucha se desarrollen.

En Bélgica ha proseguido el avance de los alemanes, quienes el día 20 ocuparon la ciudad de Bruselas que, como ya se había previsto, se entregó sin oponer la menor resistencia. Los invasores impusieron una contribución de guerra de 200 millones de francos, y después de haber dejado allí una pequeña guarnición, continuaron avanzando sobre Brujas, Ostende y Gante.

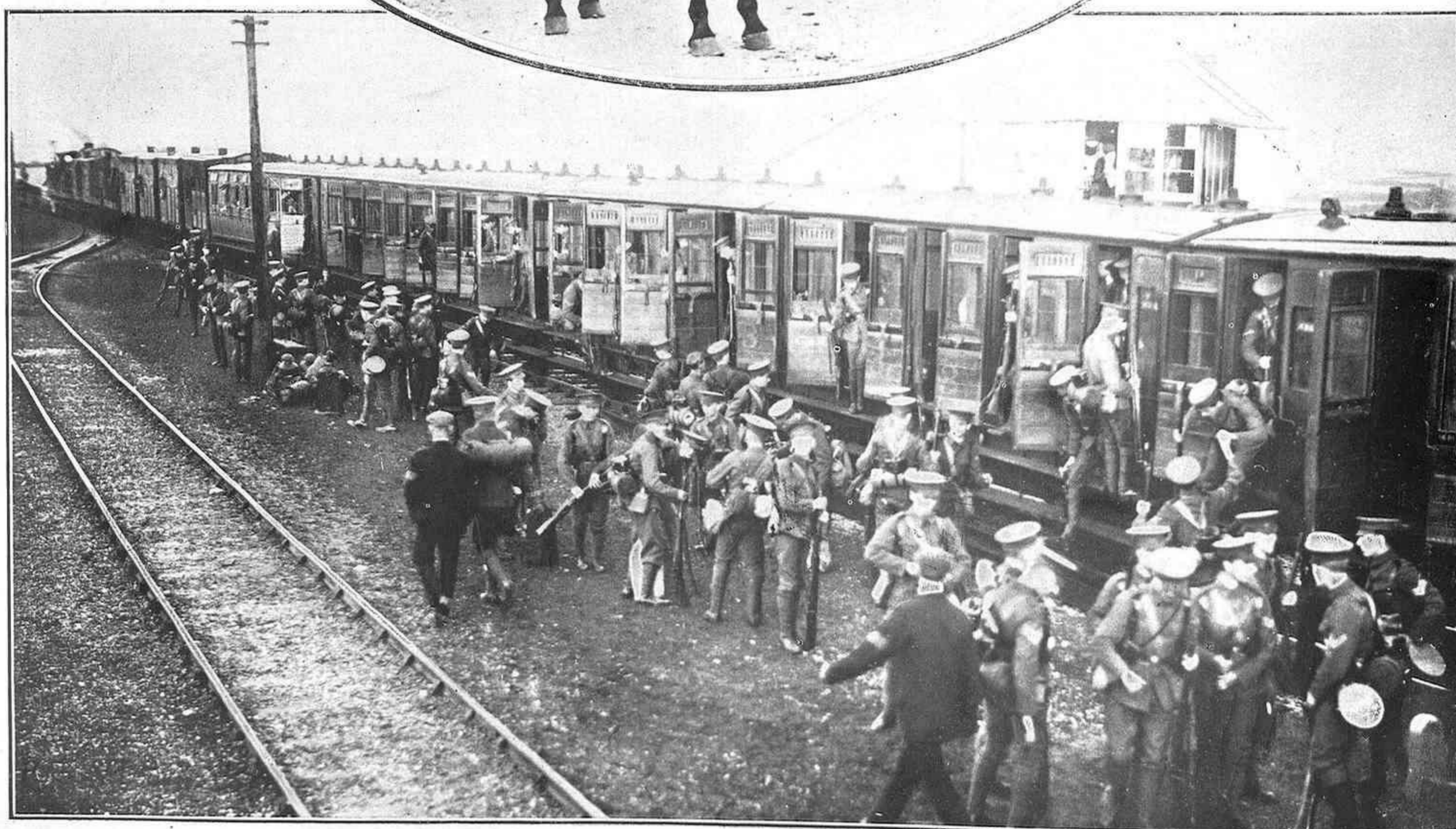


Damas de la Cruz Roja en la frontera. - Baterías de artillería de 75 esperando órdenes para entrar en combate. (De fotografías de M. Rol.)

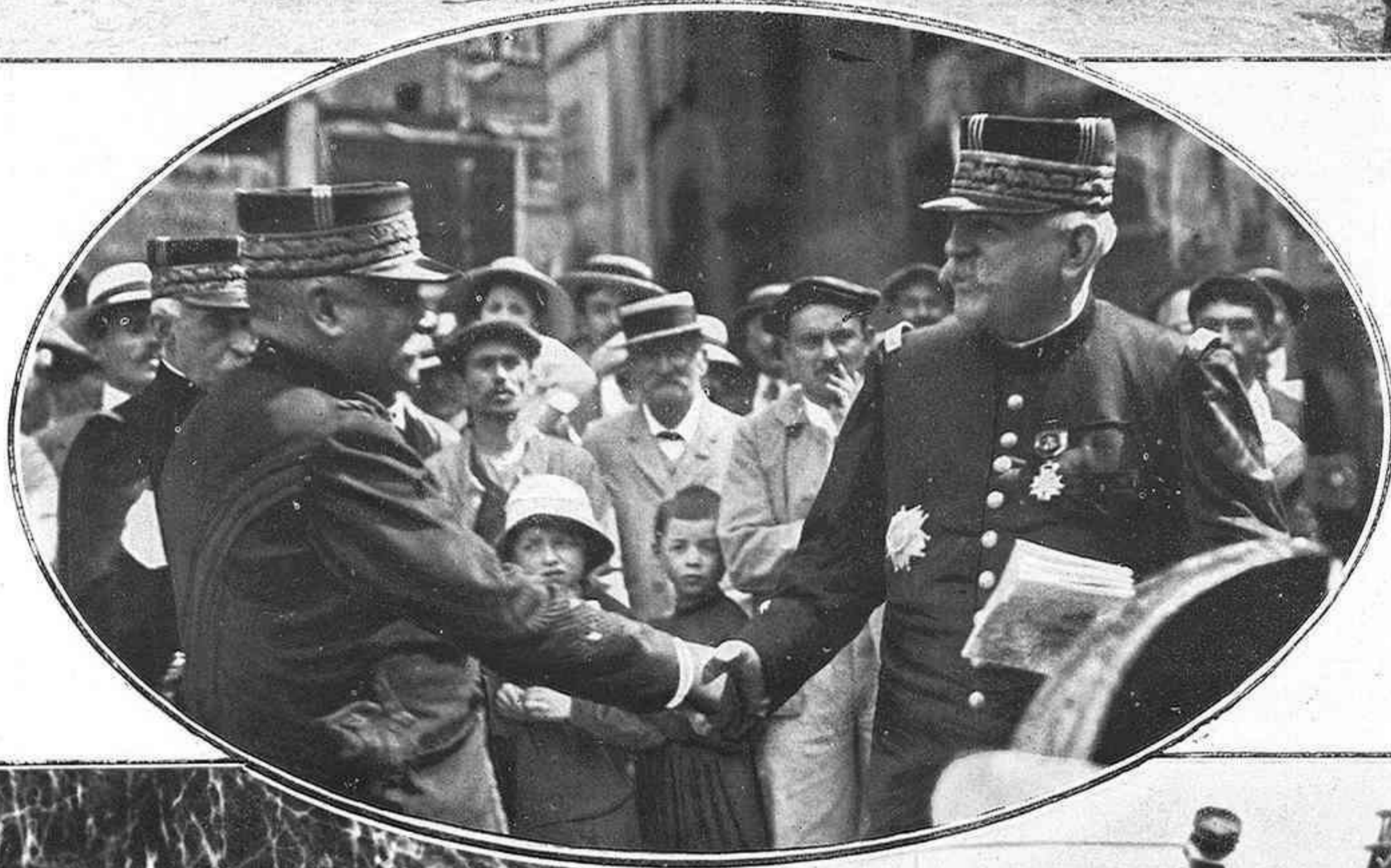
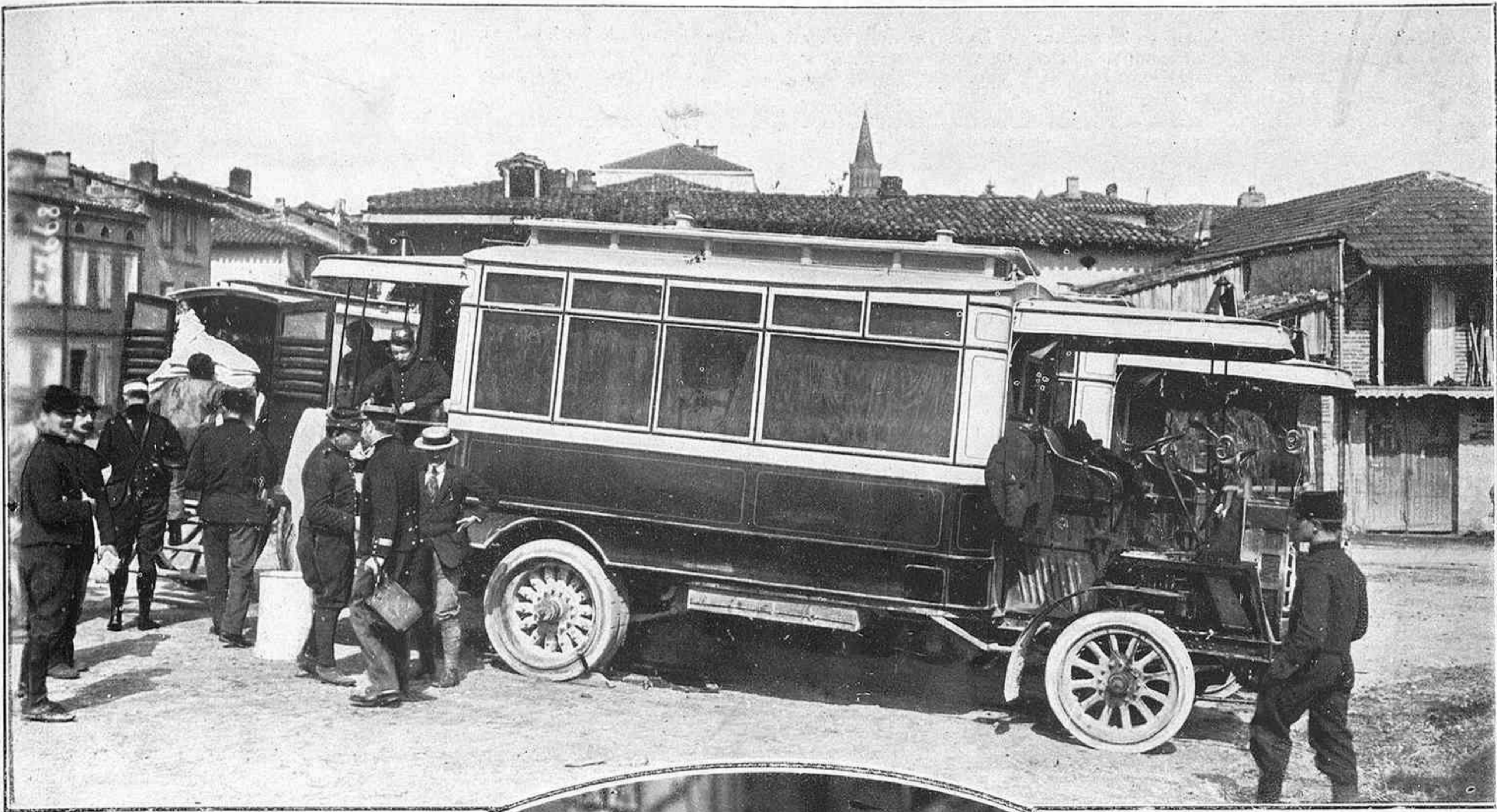


La guerra europea. - Mapa de Bélgica, en el que puede seguirse el curso de las últimas operaciones y especialmente de la gran batalla de los días 22, 23 y 24 de este mes

J. Canellas



Soldados disparando una ametralladora. - Oficiales de Estado Mayor. - Soldados ingleses partiendo para Dover a fin de desembarcar en el continente
(De fotografías de Argus.)

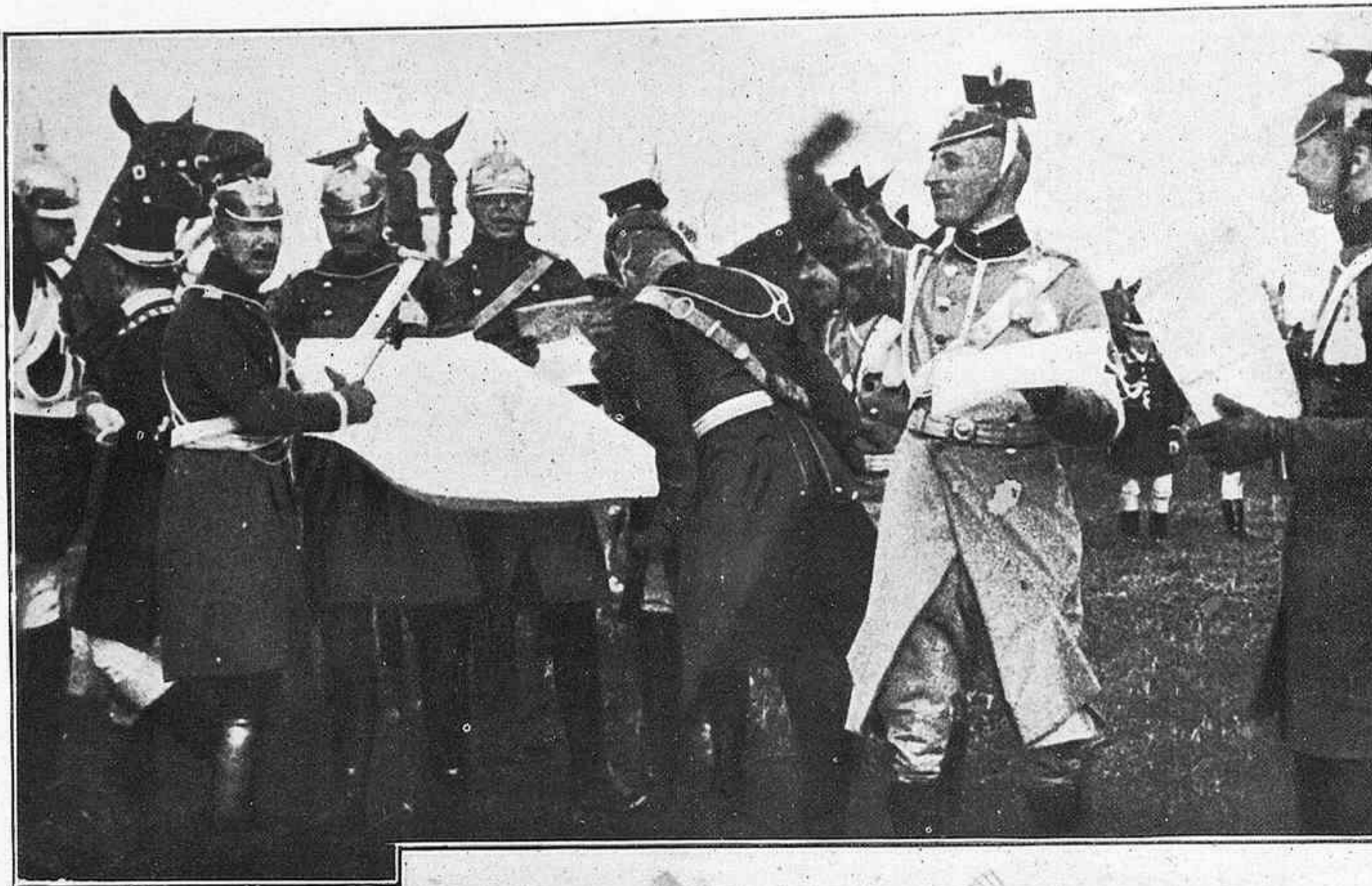


Autobuses de París requisados para proveer de carne fresca a los ejércitos de las avanzadas. - El general Joffre, generalísimo del ejército francés, partiendo para reunirse con las tropas del Este. (De fotografías de Branger.) - Jefes y oficiales almorzando en el campo de las operaciones. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

LA GUERRA EUROPEA. - EL SITIO DE LIEJA

Los ingleses han terminado sus desembarcos en los puertos de Ostende, Calais, Dunkerque y Boulogne; según parece, el número de hombres desembarcados asciende a unos 150.000.

La movilización general rusa, que comprende los hombres de veinte a cuarenta y cuatro años, y que comenzó el 28 de julio, ha terminado enteramente con orden perfecto y regula-



El general von Emmig, que mandaba el ejército alemán sitiador de Lieja. (De fotografía de Argus.)

sacos, que son los que han sido enviados en primer término a las fronteras austriaca y prusiana.

Entre los ríos Drina y Save, trabóse el día 15 un combate que duró seis días y en el cual tomaron parte 300.000 austriacos y 150.000 serbios. La acción terminó con la completa derrota de los primeros que, según parece, tuvieron 15.000 muertos, 30.000 heridos y 15 mil prisioneros y perdieron, además, 75 cañones, 50.000 fusiles, y gran cantidad de municiones y material ferroviario. Como consecuencia de esta derrota, los austriacos han tenido que evacuar las posiciones que ocupaban en Servia.

El Japón ha declarado la guerra a Alemania y ha roto las hostilidades bombardeando las fortalezas alemanas de Tsing Tao, situadas junto a la bahía de Kiau Teheu.

En el Adriático han ocurrido varios combates navales entre las escuadras francesa e inglesa, de una parte, y la escuadra austriaca de otra. El encuentro se efectuó en las bocas de Cáttaro y el resultado fué desfavorable a los austriacos, quienes perdieron el acorazado *Zriny*, de 14.500 toneladas, los cruceros *Zeuta* y *Szigetwa*, de 2.300, y dos torpederos. Los buques franceses e in-

El Estado Mayor alemán adoptando las últimas medidas antes del ataque de los fuertes.

Este contingente de tropas británicas ha tomado parte, en unión del ejército francés, en el gran combate de Sambre y Mosa, que empezó el 22 y terminó el 24. Esta acción, según la nota oficiosa dada por el gobierno francés (única que hasta ahora conocemos sobre tan importante hecho de armas), comenzó al Oeste del Mosa con el ataque de los alemanes contra el ala izquierda enemiga, ataque que fué sostenido admirablemente por los ingleses y al que respondieron los franceses atacando a su vez con gran ímpetu, si bien hubieron de replegarse al verse contraatacados por fuerzas superiores de la guardia prusiana. En el Este del Mosa también hubieron de replegarse los franceses después de haber avanzado por terrenos muy difíciles y de haber causado numerosas pérdidas a los alemanes. Al final de esta batalla, las tropas francesas e inglesas han vuelto a ocupar las posiciones de cobertura que ocupaban anteriormente. «Es muy sensible evidentemente—dice la mencionada nota—que el plan ofensivo, a consecuencia de dificultades imposibles de prever, no haya podido lograr su objetivo, lo que habría abreviado la guerra; pero nuestra situación defensiva se mantiene intacta en presencia de un enemigo ya debilitado.»

Las pérdidas por ambas partes han sido considerables; dícese que no baja de 100.000 el número de muertos y heridos.

Como consecuencia de esta batalla, Charleroi, en donde se concentró una de las fases más importantes de la acción, ha quedado destruida y en poder de los alemanes. Estos se han apoderado posteriormente de Namur.

Otras fuerzas alemanas, independientes de las que intervinieron en aquella acción, han ocupado las dos importantes ciudades francesas de Roubaix y Turcoing, situadas cerca de la frontera belga y a pocos kilómetros de Lille.

En vista de las necesidades a que tiene que hacer frente Bélgica con motivo de los gastos de la guerra y de las contribuciones que imponen los alemanes a las ciudades de que se apoderan, Francia e Inglaterra han acordado anticiparle y poner inmediatamente a su disposición 500 millones de francos.

En Alsacia y Lorena, los franceses han conseguido ventajas importantes y aun cuando también han sufrido algunos contratiempos, éstos, según parece, se hallan sobradamente compensados con aquéllas. Después de un empeñado combate se apoderaron nuevamente de Mulhouse y se posesionaron de fuertes posiciones en las orillas del Seille y del canal del Marne, obligando a los alemanes a replegarse hacia el Rhin. En cambio, los alemanes alcanzaron una victoria en los alrededores de Metz, teniendo los franceses que retirarse al abrigo de las fortificaciones de Nancy, y se apoderaron de Luneville.

En la línea fronteriza de Austria es general la ofensiva de los rusos, quienes también avanzan vigorosamente por la Prusia oriental. En los días 18, 19 y 20 libraron reñidos combates contra los cuerpos de ejército alemanes de la región de Gumbinnen, obteniendo en todos ellos señaladas victorias y logrando, como consecuencia, apoderarse de las ciudades de Gumbinnen, Johannisburgo, Ostelburgo, Neidenburgo y Soldán.



Artillería disponiéndose a romper el fuego contra los fuertes



Avanzada de infantería. (De fotografías de Pathé, facilitadas por nuestro reportero A. Merletti.)

ridad absoluta. Según parece, actualmente están bajo banderas ocho millones y medio de hombres, entre ellos 500.000 co-

galeses que se hallan en aquellas aguas son 12 grandes acorazados y muchos torpederos.

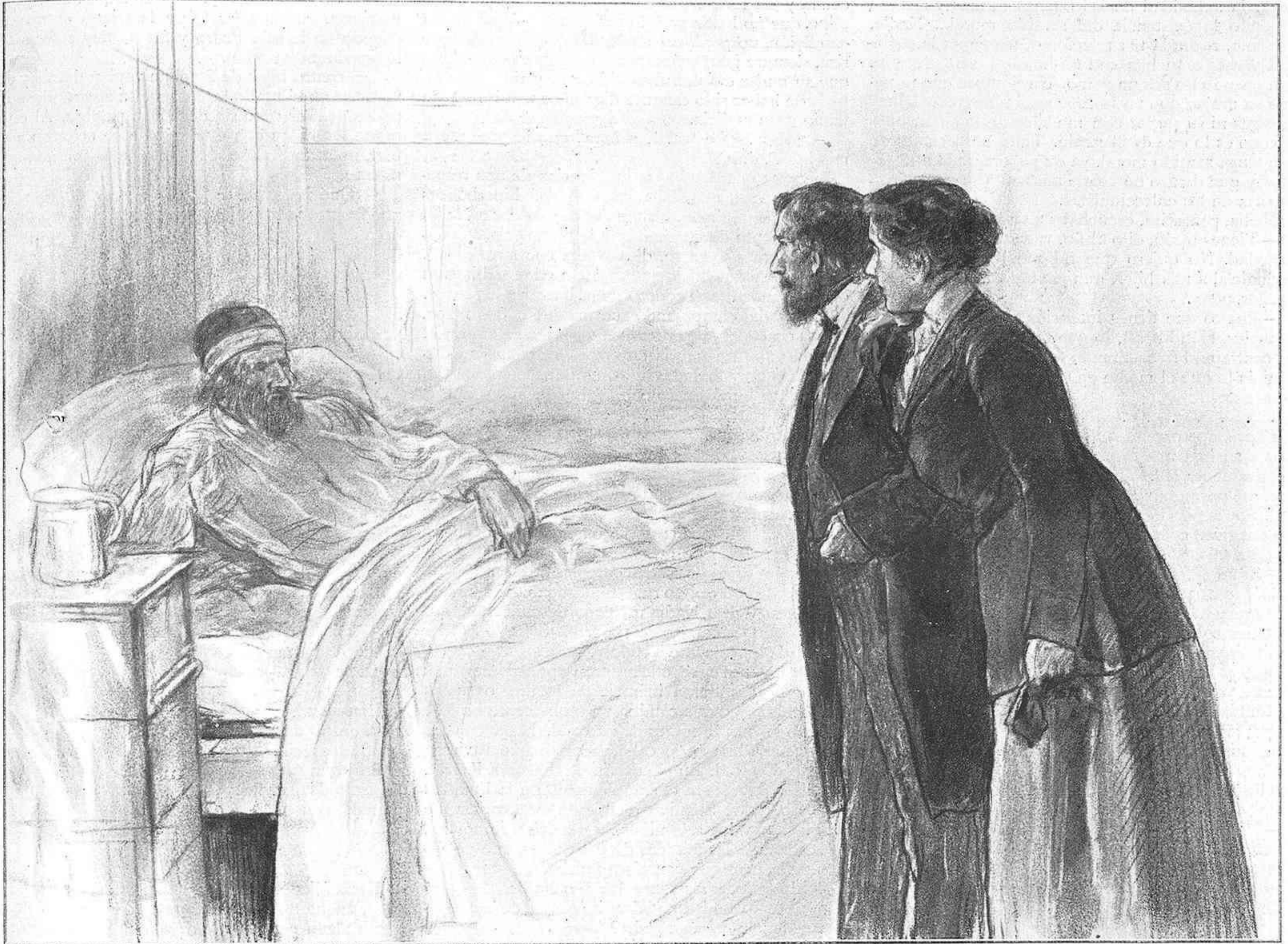
EL JURAMENTO DE NADIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)

Nadia seguía pensativa. Su padre prosiguió:
- Sí, hija mía, las madres enseñáis ciertas cosas que no se olvidan nunca y que se hacen por costumbre,

lea todo el mundo: «Nosotros que no éramos nada, representamos hoy un valor social; admirad el camino que hemos tenido que recorrer para llegar al pues-

no hubiera consentido en semejante disparate, hubiéramos pasado algunos años en continuo desacuerdo, mientras que gracias a él, a su sacrificio y a su



- Míralo, dijo. ¡A este hombre yo le he librado de la muerte!

maquinalmente, y por las cuales se reconoce en seguida lo que se llama un hombre bien educado. Pues bien, Nadia, tú harás y dirás todo lo que quieras; pero un hombre que no sabe andar, que no sabe saludar y que no se expresa en un lenguaje elegante y correcto, podrá ser un genio, mas nunca será de los nuestros y por lo tanto, ¡tú no puedes casarlo con tu hija!

Nadia reflexionaba, siguiendo en su espíritu los razonamientos de su padre; por fin dijo:

- Pero si tiene talento, ¿no se le pueden excusar algunos defectos exteriores?

- Esto era lo que yo esperaba que me dijeras. Es que esos defectos no son puramente exteriores; si al menos esos caballeros se tomaran la molestia de observarse y de cuidar un poco más sus modales y su lenguaje, adquirirían cierta apariencia de corrección, que los haría acreedores a nuestra indulgencia; pero ellos ignoran todo lo que debe saber un hombre de mundo; si tienen ese aspecto de mozos de labranza vestidos de levita es porque se encuentran bien así, porque su orgullo los hace reivindicar sus maneras groseras, como prueba de su oscuro origen, y por consecuencia, de la distancia que media entre ellos y nosotros. Yo a esto lo llamo simplemente orgullo, porque no es ni dignidad ni altivez, pues estas dos virtudes los obligarían, al contrario, a ocupar un puesto tan honroso en el mundo, que todos desearan estrechar su mano, y honrarse con su amistad. Pero ellos se empeñan en que en su lenguaje y ademanes

to que hoy ocupamos.» Si se atreviesen lo escribirían en una banderita en su sombrero... Ya sabes cuánto se burla la gente y no sin razón de los advenedizos de la fortuna; no veo por qué no ha de ocurrir lo mismo con los advenedizos de la inteligencia. Y éstos son menos excusables, porque precisamente su inteligencia debía prevenirlos contra semejantes tonterías. Y no creas que quiera yo preconizar con esto los privilegios de raza; mi primo, el príncipe Mirof, se pasa el día entre *jockeys*, las noches entre boxeadores ingleses y emplea un lenguaje por el cual pudiera tomarse muy bien por un chalán. ¡El no es un advenedizo sino un degenerado! ¡Y por muy príncipe que sea, yo lo tengo en muy poca estima! ¡Pero te confieso que lo que no puedo comprender, es que los que a fuerza de trabajo y de esfuerzo han podido asimilarse las ciencias más arduas no quieran aprender la urbanidad más pueril y rudimentaria!

- Evidentemente, papá, dijo Nadia así que Roubine se calló para tomar aliento; tienes razón en todo lo que dices, pero yo creo que con el tiempo esos hombres a que te refieres, reconocerán la necesidad del empleo de las buenas formas, que son más importantes de lo que ahora a primera vista les parece.

- No lo creas, repuso su padre, Rusia sufre en este momento la reacción de un estado despótico de cosas, que ha aceptado hace tiempo, y contra el cual comienza a rebelarse. Tú querías casarte con un hombre de humilde cuna... ¡nunca podrá darse cuenta Korzof del bien que te ha hecho!.. Porque como yo

grandeza de alma, somos dichosos en lo presente y lo seremos también en lo porvenir. Tú tenías ese capricho, aunque no se ha formado sólo en tu cerebro, pues lo han tenido otras antes que tú, pero no eran señoritas tan testarudas; todas ellas se han casado con oficiales de la Guardia o con agregados al Ministerio de Negocios Extranjeros. Las jóvenes de tu edad no se han visto libres de esos falsos sentimientos igualitarios que pugnan por ponerse al nivel de las gentes, que uno debería tratar de elevar hasta sí... Ya los modales son menos correctos, menos severos que antes.

- Es que antes se exageraban demasiado.

- Y hoy se exageran en sentido contrario... Has de saber, Nadia, que muy pronto ha de surgir en Rusia lo que ya existe en Alemania: una clase nueva, compuesta de hombres y mujeres muy inteligentes, y hasta sabios si se quiere, que querrán tomar por asalto nuestra sociedad actual, haciendo tabla rasa de las buenas costumbres y de los buenos modales, y que a fuerza de abolir todo lo que es superior y selecto, suprimirán la superioridad intelectual, de modo que, por una extraña lógica peculiar de ellos, como que todos seremos iguales, cualquier idiota querrá equipararse con Platón; y estos decretos saldrán de los cerebros de los advenedizos intelectuales. Defiéndete si puedes.

- Es que ellos emplean la palabra igualdad en dos sentidos diferentes: la igualdad moral y la igualdad ante la ley.

— ¡Bah!, no creas que se remontan tan lejos. Se hacen un lío tan grande con sus propias ideas, que acaban por no ver más que tinieblas, pudiendo jactarse con razón de su habilidad, el que los sacara de tamaño laberinto. Pero ellos están muy bien avenidos con las sombras que los envuelven. ¿Has visto pasar por la calle a esas señoritas vestidas de negro, sin enaguas, con un libro o una carpeta bajo el brazo, con el cabello cortado y aplastado bajo la toca y acariciándolas la nuca, con ojos inexpresivos ocultos tras gafas azules? Esas son las nihilistas; hasta ahora su chifladura es completamente inofensiva y casi ridícula, pero acaso llegue un día en que haya que ponerse en guardia contra ellas. Estas empiezan ya por negar la necesidad de las buenas formas y acaban negando la existencia del sentido moral... Nadia, hija mía, reanuda tus relaciones, frecuenta la sociedad y casa a tu hija con un hombre bien educado, aun cuando no sea un genio. Un hombre que respete a su mujer, que no lastime sus oídos con palabras groseras ni su pudor con modales de taberna, pues esto no es lo que da el genio. Trata únicamente de que tenga sentido moral, ya que ahora anda muy escaso, y que dentro de veinte años sólo se encontrará en casa de los coleccionistas.

Nadia, pensativa, escuchaba a su padre.

— Tienes razón, dijo al fin, volveré a frecuentar la sociedad. No quiero que mi indolencia pueda ser perjudicial a mis hijos, aunque todavía son muy pequeños, pero...

— Puesto que tienes intención de dar a tus hijos una educación liberal, lo que no te reprocho, busca un contrapeso frecuentando la alta sociedad. Así corregirás lo que el medio en que vives pueda tener de exagerado.

El príncipe parecía que con esta conversación dictaba a su hija una especie de testamento moral, y efectivamente, si habló así con tanta energía y convicción fué porque quizás sentía dentro de sí algo anormal. Pocos días después de esto, metióse en la cama, y los asiduos cuidados de su yerno fueron impotentes para salvarlo.

— Si mi enfermedad tuviese cura me hubieras salvado, ¿no es eso?, dijo a Korzof en uno de los últimos momentos de lucidez que tuvo. Cuando menos no tenemos nada que reprocharnos. Eramos demasiado dichosos, hijo mío... Vigila la educación de tus hijos, y sobre todo, haz de ellos unas personas honradas..., ya que esto va siendo más escaso cada vez...

Roubine murió sin agonía, con una serenidad casi alegre; tal como había vivido...

Sus nietos se encontraron poseedores de una gran fortuna, cuyas rentas debían ser capitalizadas hasta que llegasen a su mayor edad, según la expresa voluntad del príncipe.

— Mi hija no tiene necesidad de nada, decía el testamento, y creo cumplir sus deseos dejando mis bienes a mis nietos Pedro y Sofía, que así se acordarán de su abuelo.

La muerte de Roubine fué llorada sinceramente. Pertenecía al número de esos hombres que ocultan grandes cualidades bajo una envoltura algo frívola, de manera que el mundo no les hace justicia hasta después de muertos.

Nadia y su marido echaron de menos más de una vez la experiencia del mundo que tenía su padre; así que resolvieron según sus últimos consejos, volviendo a la sociedad que había sido la suya, hasta el momento en que las preocupaciones de su gran obra habíanlos apartado de ella.

El luto obligólos por algún tiempo, al menos, a permanecer en la soledad, por lo que acordaron que Nadia se fuese con sus hijos a sus ricas posesiones de Smolensk, que debían de estar necesitadas de la presencia de su dueño, yendo Dmitri a buscarlos unos meses más tarde, en la época de vacaciones que se permitía todos los años.

Nadia encontrólo todo muy cambiado. También por allí había pasado la emancipación, concediéndola a los campesinos otros derechos y otros deberes; ellos no comprendían muy bien ni los unos ni los otros, pero casi se consideraban perjudicados al ver que no les habían concedido ni siquiera la mitad de los dominios señoriales; mas en medio de este conflicto de intereses, aun se los podía manejar, gracias a la excesiva bondad con que el príncipe los tratara.

El viejo Stepline había muerto, sucediéndole su hijo en el cargo de intendente.

Desde que se casó ya no se preocupaba de agrandar, mostrando en su traje gran desaliño; sus vestidos a la europea, pues desdeñaba los castanes que usaba su padre, se los hacía un sastrecillo alemán de la vecina aldea, que no tenía ninguna noción de las modas inglesas.

Su mujer había engruesado hasta el punto de parecer un tonel; en cambio él había enflaquecido mucho; sus largos y escualidos dedos que salían de sus deshilachadas mangas, dábanle un aspecto de sordidez que, por otra parte, él mismo se encargaba de demostrar que era cierto.

La primera vez que fué admitido a la presencia de Nadia, que fué el mismo día de la llegada de ésta, volvió a sentir la joven aquella misma impresión que la había hecho decir a su padre de un modo tan rotundo:

— ¡Ese hombre nos odia!

En efecto, bajo su sumisa apariencia y la extrema cortésia de su lenguaje, se adivinaba una sorda cólera y un rencor por largo tiempo contenido. Stepline, que no había podido salir nunca de su ínfima condición, no perdonaba a Nadia que fuese siempre rica, siempre gran señora; acaso siempre bella, ahora que su mujer era una masa informe y ridícula, después de haber sido durante diez años una infeliz sin juicio y sin malicia.

— ¿Me permite usted, señora, que le presente a mis hijos?, dijo él.

Siempre guardando las apariencias de una respetuosa cortésia, detestaba las fórmulas hiperbólicas del antiguo régimen, absteniéndose de dar a Nadia el tratamiento de condesa que le pertenecía.

— Con mucho gusto, dijo Nadia con amabilidad.

Y llamó a sus hijos, que jugaban en la habitación contigua, mientras Teodoro iba a buscar a los suyos. A poco volvió empujando suavemente a dos niños, de los cuales el mayor tendría unos nueve años, y el segundo aun no habría cumplido los cuatro, y dos chiquillas muy mal ataviadas, embutidas en sus trajes de lana burda, pero con las mejillas muy frescas y los ojos muy brillantes.

— Es usted más rico que yo, exclamó Nadia sonriendo.

Ella extendió la mano para llamar a los niños, pero éstos no se acercaron a besársela, según costumbre observada hasta en los niños de las mejores familias cuando una parienta o amiga los invitaba a acercarse a ella, sino que se quedaron inmóviles mirando a los hijos de Nadia, como si fuesen unos bichos raros o un objeto que excitase la curiosidad.

— Vamos, dijo Nadia un poco desconcertada, es preciso que os conozcáis. ¡Pedro!, ¡Sofía!, id a dar un beso a los hijos de Teodoro.

Pedro y Sofía se adelantaron apresuradamente; desde su más tierna infancia su madre los había acostumbrado a que cambiasen un inocente beso de paz con los niños pobres de su edad, hasta con los que encontraban en la calle, siempre que tuviesen aspecto de salud. En el criterio de la señora Korzof, este beso de paz era el complemento de la limosna.

Los hijos de Stepline recibieron esta caricia sin devolverla, y los seis niños se quedaron inmóviles, cortados, ante las miradas de sus padres, que no decían nada, pero que pensaban mucho.

— Idos a jugar al paterre, les dijo Nadia.

¿Qué culpa tenían aquellos inocentes de la antipatía que le inspiraba su padre?

— Entretanto, Sr. Stepline, continuó, hablaremos nosotros de nuestros negocios.

Teodoro obedeció, y acercando una silla, sacó de la cartera que había dejado sobre la mesa un fajo de papeles y de billetes de Banco.

La señora Korzof volvió a ver instantáneamente aquella escena de años atrás en Peterhof y una oleada de cólera enrojeció su rostro.

Al mirar al intendente, vió con toda claridad que también él la recordaba, y con un gesto irreflexivo ya iba a oprimir el timbre para que sus criados arrojaran de allí a aquel insolente, cuando de pronto se detuvo.

Allí, tan lejos de toda fuerza y de toda justicia, ¿podía ella contar con la ayuda de aquella gente, acostumbrados como estaban a obedecer siempre a Stepline? Salvo dos o tres mujeres, únicamente le inspiraba confianza el antiguo criado de su padre.

— Las rentas han disminuido este año de un modo considerable, empezó a decir Teodoro con su voz monótona de hombre de negocios; la falta de brazos ocasionada por la abolición de los trabajos gratuitos nos ha obligado a dejar en barbecho una porción de campos de trigo.

Y así continuó enumerando las causas por lo que había disminuido cerca de la mitad el antiguo esplendor de aquellos dominios.

Nadia le dejaba hablar, pensando en su interior que otros propietarios también habían sufrido los mismos inconvenientes y, sin embargo, no habían visto disminuir sus rentas en cerca de la mitad; pero callóse porque no era ocasión de discutir. Por el momento érale imposible probarle a aquel hombre su mala fe; lo único que podía hacer era despedirle in-

mediatamente; pero a esto no se resolvía sin consultarlo antes con su marido; y además, en aquella época de efervescencia popular en que no podía uno fiarse de los campesinos, ¿qué hubiese hecho ella en una revuelta, sola con sus dos hijos?

— ¿De modo que aprueba usted las cuentas?, exclamó Teodoro terminando su enumeración.

— Las acepto, respondió Nadia subrayando mucho la palabra.

El la miró encontrándose con la tranquila y desdeñosa mirada de sus hermosos ojos grises. Levantóse y disponíase a dar alguna explicación suplementaria cuando oyóse gritar a los niños en el jardín.

Nadia, reconociendo la voz de Pedro, corrió hacia la ventana, pero no vió absolutamente nada, y en el momento en que se dirigía a la puerta entraron corriendo en la sala Pedro y Sofía, muy sofocados, y llenos de indignación.

Los cuatro hijos de Stepline venían detrás y detuvieronse en el umbral de la puerta agarrándose a su padre, que los miró sin decir una palabra. Al encontrarse los niños con esta mirada se echaron a temblar, no atreviéndose a hacer el más mínimo movimiento.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué ruidos eran ésos? ¿No podéis jugar tranquilamente?, dijo Nadia no pudiendo a duras penas contener la cólera que se apoderaba de ella, al ver el aspecto cazarro de los hijos del intendente.

— Mamá, ha sido el mayor, dijo Pedro indicando al hijo de Stepline, jugábamos a caballos y porque yo no iba muy de prisa me ha pegado.

— ¿Con el extremo de la cuerda?, preguntó Nadia que se había puesto muy pálida.

— No, mamá, con una rama que ha arrancado de un árbol.

Y levantó la manga de su camisita dejando al descubierto su delicado brazo, en que se señalaba la marca roja e inflamada de un varetazo.

Nadia le bajó la manga y exclamó dirigiéndose al culpable:

— ¿Cómo no te da vergüenza, de pegar a un niño más pequeño que tú y que no te ha hecho ningún daño?

El delincuente la miró con sus ojos falsos y marrulleros, pero no dijo nada.

— Esté usted segura de que será castigado, señora, dijo Stepline con acento mordaz. Hay que dispensarles estos modales algo bruscos, pues no son hijos de príncipes.

Empujando a sus hijos hacia delante, salió con ellos después de hacer un saludo a Nadia, que tenía abrazados a sus hijos.

La joven escribió al día siguiente a su marido que dejase todos sus negocios y fuese a reunirse inmediatamente con ella.

VIII

Korzof llegó al cabo de pocos días; la carta de Nadia, aunque no precisaba nada concreto, hízole presentir algún peligro, y lo dejó todo para ir a proteger a su familia.

En cuanto le enteró su mujer del motivo causa de sus temores, él fué el primero en reconocer que, si bien los hechos en sí no ofrecían gravedad alguna, eran, sin embargo, indicio de un estado de cosas no muy satisfactorio.

El punto difícil era saber si convenía conservar a Stepline, para no empeorar las actuales circunstancias, o despedirle inmediatamente sin andarse en contemplaciones de ningún género.

Por fin Dmitri y su mujer decidieron que se quedara Stepline, al menos por el momento; pues como érales muy difícil saber hasta qué punto estaba el intendente de acuerdo con los campesinos, que robaban a sus dueños, la prudencia aconsejaba evitar todo lo que pudiera promover una revuelta, sobre todo mientras la familia se encontrase a merced de unos y de otros.

— En fin, dijo Nadia suspirando, ¡tan bien como yo pensaba haberlo pasado aquí! Lo mejor que podemos hacer es marcharnos. Tú nos acompañarás.

— Convenido, respondió Dmitri. Pero, ¿por qué quieres que nos vayamos? ¿Acaso esta casa no es la de tu familia? ¿Ya no encuentras en ella, como antes, una multitud de recuerdos amados? ¿No está aquí tu patrimonio, que heredaste y que has de transmitir a nuestros hijos, según la voluntad de tu excelente padre? ¿No eres dichosa al vivir en su casa más que en la tuya?

— No, dijo Nadia, no me encuentro bien aquí. Veo que un miserable despoja a nuestros hijos de lo que les pertenece, legalmente, fiado en nuestra indulgencia y debilidad, y esto hace sufrir mucho a mi dignidad de madre. Tú crees que el silencio es el

mejor partido que puede tomarse, y yo pienso lo mismo porque creo todo lo que tú me dices; pero sabe que yo no soporto diariamente la presencia de ese bribón sin que se rebele interiormente todo mi ser, y por eso te suplico que abrevies nuestra estancia en esta casa.

— En ese caso, dijo Korzof, partirás la semana que viene, y en cuanto tú y los niños estéis en seguridad despediré a ese hombre que tanto disgusto te inspira.

La joven dió a su marido las gracias efusivamente, y aunque ardía en deseos de darle a conocer el principal motivo de su aversión, no obstante ante tantos intereses diversos, y sobre todo temiendo ocasionar alguna escena violenta, cuyos resultados eran difíciles de prever, resolvió guardar silencio aunque tuviera que violentarse.

A Teodoro Stepline se le veía muy poco y sus hijos parecía que se los había tragado la tierra. Los principios de igualdad que les había inculcado y que consistían principalmente en una aplicación amplia y sin restricciones de la ley del más fuerte, se ponían ya en práctica entre ellos con el pretexto de que «la ropa sucia debe lavarse en casa», o entre niños campesinos de humilde condición, acostumbrados a recibir golpes, y capaces, si era preciso, de devolverlos, pero a los que nunca podía ocurrírseles la idea absurda de ir a quejarse a unos padres más dispuestos a aumentar el número de cachetes que habían recibido que a quejarse contra los hijos del señor intendente.

Cuando Korzof se encontraba con Teodoro, por tener que tratar de algún asunto indispensable, éste mostrábase siempre complaciente y sumiso. El intendente era de aquellos que no se muestran altaneros más que con las mujeres o con los seres débiles e indulgentes, incapaces de vengarse, ya porque su silencio provenga de un sentimiento de pudor, ya porque crean que la ofensa sería mayor al hacerse pública. Las gentes de esta especie no son raras; alentadas por la impunidad, no cesan en sus abusos y desmanes, hasta que se encuentran en frente de un hombre de inteligencia y de corazón que los desenmascara y abofetea.

En honor de la naturaleza humana este día acaba por llegar, infaliblemente. Stepline había tenido la percepción de que este hombre sería Korzof, y por este motivo mostrábase siempre en su presencia dócil, cortés e irreprochable.

Nadia hubiera dado cualquier cosa por verle desmandarse un día dando motivo a que Korzof le apostrofara duramente; pero esta satisfacción no debía logrársela, pues Teodoro estaba siempre en guardia.

En la aldea y en sus alrededores causó gran sorpresa la noticia, de que la familia de los señores abandonaba el país después de haber hecho en él una aparición tan breve. El príncipe había acostumbrado a más largas estancias en sus dominios, pero nadie pensó en quejarse.

El acto de emancipación había despertado tantas ambiciones, encendido tantas codicias, que hicieron olvidar los beneficios recibidos; únicamente las mujeres y los ancianos guardaban un tierno recuerdo de aquellos señores tan buenos, que durante tantos años no habían rehusado nunca ni la madera necesaria para construir una casa ni la cantidad de lana que debía servir para tejer un castán.

Pero la mayoría de los hombres hubiera considerado la gratitud como una debilidad. No había que reconvenirles por ello; en esto aquellos ignorantes aldeanos no hacían ni más ni menos que los miembros de la sociedad más civilizada.

Únicamente una cosa hablaba en favor de los dueños, provocando un sentimiento de simpatía.

Era aquella especie de hospital instalado y a instancias de su hija. Los aldeanos no tardaron en reconocer los beneficios reportados por aquella fundación. La prueba era que la habían utilizado muchos, y si la mayor parte prefirieron curarse en su casa, cuando menos se aprovecharon gustosamente de los consejos y de los medicamentos gratuitos.

Ellos sabían distinguir perfectamente entre los amos, que según su opinión se quedaban con una parte demasiado grande de la tierra y sus productos, pero que eran bondadosos y obraban según la ley, y entre el intendente rapaz, que robaba a manos llenas y despojaba al aldeano tanto como el señor.

A pesar de estar resuelto Korzof a sufrir este estado de cosas tan desagradable, antes que incurrir en la responsabilidad de algún conflicto, del que nadie podía medir las consecuencias, resolvió aprovecharse del ascendiente que le daba su título de médico, unido a la bienhechora influencia del hospital y de la farmacia. Durante varios días él mismo se encargó de la consulta, entregando las medicinas a los enfermos con sus propias manos.

De este modo obtuvo confidencias, que no las hubiera podido arrancar por otros medios, y antes de que transcurriese una semana convenciéronse de que los aldeanos detestaban a Teodoro tanto como él.

Tan pronto como supieron en todas las aldeas que el doctor no estaba en muy buenas relaciones con el intendente, cuando éste se vanagloriaba de lo contrario, todos se apresuraron a llevarle sus quejas; pero con aquella solapada astucia que no abandona nunca el aldeano, hiciéronlo con el pretexto más o menos justificado de irle a pedir una receta.

Quejábanse de sus males físicos, después hablaban de las dificultades de la vida, cada vez más dura de soportar, teniendo así Korzof una nueva pieza que agregar al atestado que estaba formando en contra de Stepline.

— Me parece, dijo una mañana el doctor a Nadia, que ya dispuesta para la marcha sólo esperaba la resolución definitiva de su marido, que ya hemos cogido a ese pillo. Si yo quisiera hacer una investigación podría enviarle a presidio para toda su vida, pero ya sabes que a mí me repugnan estas medidas tan radicales; no por él, que merece verse castigado duramente, más que nada, por haber abusado del nombre de tu padre para esquilmar a los aldeanos, sino por sus hijos que son inocentes e irresponsables...

Nadia no dijo una palabra. Recordaba la escena del día de su llegada, la marca del golpe en el brazo de su hijo, diciéndose que si los niños eran ahora irresponsables, llegaría un día en que los malos instintos de su padre hablarían en ellos con la misma fuerza; pero a pesar de estas reflexiones guardó silencio.

— Yo creo, insistió Korzof, que lo más prudente será desembarazarnos de él sin recurrir a la justicia, lo que no creo que sea muy difícil.

— De cualquier modo que sea, dijo la joven, respiraré más a mis anchas el día que sepa que ese bribón no está ya aquí.

Por muy enojosa que fuese la conversación que preveía, Korzof se decidió a abordarla francamente, sobre todo estando seguro de que Teodoro, no sólo no trataría de excitar a los campesinos, sino que se apresuraría a terminar pronto aquel asunto sin quejarse nada tras sí.

Hizo pues que dijeran al intendente que se presentara ante él y lo esperó a pie firme, con la resignación de un hombre que ve en perspectiva una ruda tarea y la firmeza del que está preparado para el cumplimiento del deber.

Stepline entró, como de costumbre, con aire resuelto. Había abandonado ya sus maneras obsequiosas así como el traje ruso de sus ascendientes.

— Siéntese usted, dijo Korzof indicando una silla.

El intendente obedeció sin apartar los ojos del doctor, en el que veía pintada una expresión que no le gustaba mucho.

— Desde mi llegada aquí, continuó el joven médico, he procurado informarme de muchas cosas, como debe hacer un propietario y padre de familia, celoso del bien de sus hijos, y he podido convencerme de que entre usted y los campesinos por una parte, y entre usted y yo por otra, existe un profundo desacuerdo.

Las palabras eran muy moderadas, pero en el tono de Korzof comprendió el intendente que ya había sido desenmascarado.

El golpe no le cogía desprevenido; no se vive impunemente en la práctica cotidiana del fraude sin esperar de un día a otro un accidente desagradable. Con la extremada movilidad, característica de su espíritu astuto, entrevió un medio de salir del paso de un modo airoso, ya menos en apariencia, y si conseguía salvar el honor era más de lo que hubiera podido esperar.

Levantóse con dignidad y quedóse de pie delante de Korzof.

— Comprendo, dijo con voz trémula, me han calumniado. Ya sabía yo que lo sería y esto no me coge de susto. No sin una profunda emoción llevo a este resultado que preveía hace tiempo, pero desde el momento en que el señor conde pone en duda la eficacia de mis servicios, sólo una cosa me resta que hacer: presentarle mi dimisión.

Korzof quedóse asombrado ante tamaña audacia; pero al mismo tiempo esto simplificaba tanto la situación que tuvo que contenerse para no echarse a reír.

— Me parece muy bien, respondió el doctor; precisamente iba yo a pedírsela y así me ahorra usted el trabajo de despedirle; se lo agradezco muchísimo, Sr. Stepline.

Este sarcasmo hizo palidecer a Teodoro; sus ojos no se apartaban del suelo, temeroso de que sus mi-

radas descubrieran los sentimientos de odio que agitaban su alma.

— ¿Cuándo quiere usted que le presente las cuentas?, preguntó el exintendente con voz ahogada.

— A mi juicio, respondió con tranquilidad Korzof, no tiene usted que darme ninguna cuenta; hace quince días que mi mujer ha aceptado las que usted le presentó y de nuestros acá no hemos ordenado ningún empleo de nuestros fondos; esta no es época de ventas, de modo que no debe haberse distraído ni un copeco del capital que ha quedado en su poder; así que cuando usted quiera, dentro de una hora, o después de almorzar si usted prefiere, puede devolvérmelo.

Stepline inclinóse sin decir nada. Le arrebataban su última tabla de salvación que él tenía la esperanza de limar antes de llegar a la orilla. Dirigióse hacia la puerta, cuando lo llamó Korzof.

— ¿Qué piensa usted hacer de ahora en adelante?, preguntóle movido por un sentimiento compasivo hacia aquel hombre, que repentinamente se encontraba desposeído de su heredada posición.

— Pienso irme a vivir con mi familia a la casa de mi pertenencia, hasta que encuentre una cosa que me convenga, respondió Stepline irguiéndose, y dedicarme al comercio, aprovechando el pequeño capital que me dejó mi padre.

Y miró a Korzof como desafiándole.

El doctor se levantó tranquilamente y sus ojos se encontraron, pero Stepline bajó los suyos. Las miradas de aquel hombre honrado producíanle una especie de rabia.

— Su padre era un hombre muy prudente, Stepline; le deseo a usted mucha suerte, dijo Korzof.

— Gracias, repuso el exintendente cerrando así la puerta.

Todo esto no había durado más de dos minutos. Korzof miró el reloj que había encima de su mesa-escritorio y quedóse asombrado de ver el poco tiempo que había sido suficiente para cambiar una situación de arriba abajo. Muy contento, pues, corrió a ponerlo en conocimiento de Nadia, que no quería dar crédito a sus oídos.

Una hora más tarde Teodoro puso en manos de Korzof el capital de explotación sin que entre ambos se cambiase una palabra. Dos horas después los hijos de Nadia corrieron a la ventana atraídos por el rodar de un coche... La ligera *troika* del intendente, arrastrada por dos magníficos caballos, desaparecía ya entre el polvo del camino que llevaba a la villa inmediata.

— ¿Es el intendente el que acaba de partir?, preguntó Nadia al viejo cocinero.

— Sí, señora. Su mujer y sus hijos irán la semana que viene a reunirse con él. Acaba de vender su casa al deán de la aldea en mucho más de lo que costó, y eso que ya está muy averiada... ¡Oh! ¡Entiende bien los negocios!, murmuró el viejo moviendo la cabeza con aire de disgusto.

Cuando Dmitri y Nadia se quedaron solos, miráronse prorrumpiendo en una alegre carcajada.

— ¡Cuando menos la cosa se ha arreglado muy pronto! ¡Sabes dar escobazos, Dmitri! Y ahora, ¿quién será intendente?

— ¡Bah!, no te preocupes por eso... Creo que en Rusia hay más intendentes que bienes que administrar. Ya encontraremos uno, bueno o malo.

— ¿Y si es malo?

— Lo cambiaremos por otro.

— ¿Y entretanto?

— ¡Nos quedaremos nosotros! Haremos vacaciones y los niños podrán disfrutar de aire puro, de sol y de libertad.

Las predicciones de Dmitri cumpliéronse punto por punto. Pronto tuvieron un intendente que a los ocho días hubo que cambiarlo por otro. La administración no marchó del todo mal, según el proverbio ruso que dice: «Una escoba nueva siempre barre bien»; y Nadia tuvo la satisfacción de pensar que al fin se veía libre de la presencia de aquel hombre que desde tiempos atrás le inspiraba tan invencible repugnancia.

Los dos meses de vacaciones transcurrieron como en un sueño. Nadia y su marido, libres de todo cuidado, creíanse rejuvenecidos, y sin la pena causada por la muerte, aun reciente del príncipe, hubiera sido aquella la época más dichosa de su vida. Pero esta pena aminorábala el pensamiento de que aquel hombre excelente no había tenido en el mundo más que un gran dolor, causado por la muerte de su mujer, a la que amaba tiernamente. Parecía que la Providencia había querido asestarle de una vez el más rudo de sus golpes, para dejar después que su existencia se deslizara tranquila y dichosa.

(Se continuará.)

S. S. EL PAPA PÍO X

Ha fallecido S. S. el Papa Pío X a los pocos días de haber dirigido a los católicos de todo el mundo



Retrato de Pío X cuando era capellán de Tómbolo
(De fotografía.)

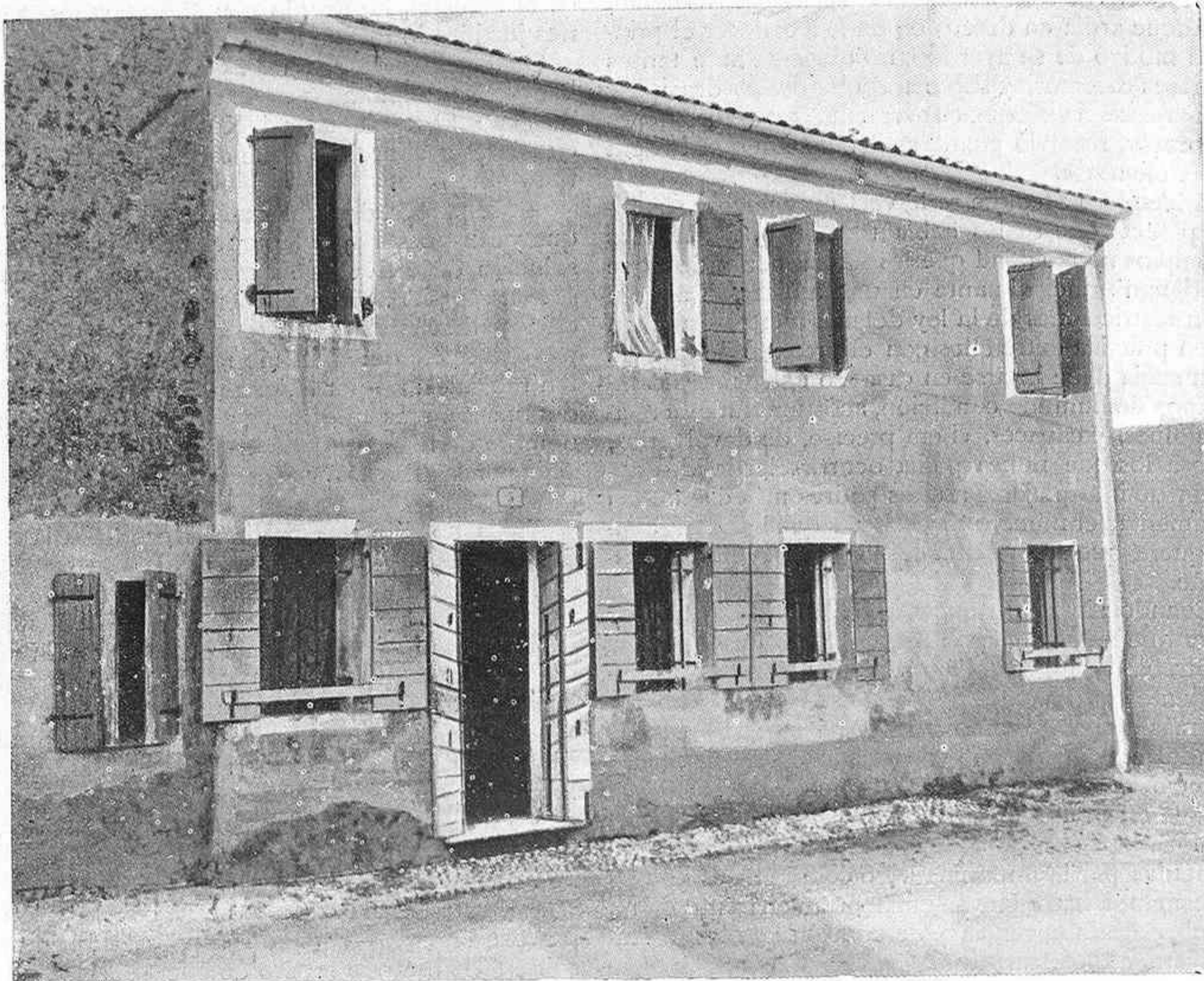
la hermosa, la sublime exhortación que en el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA reprodujimos. Leyendo hoy nuevamente aquel documento memorable, revelador de la más honda pesadumbre y que parece escrito con lágrimas, se comprende que el corazón del Santo Padre no ha podido resistir a la visión de los horrores sin ejemplo que sobre la humanidad se han desatado y que su cuerpo se ha rendido al peso del dolor al considerar los desastres de la espantosa lucha «cuyos peligros, cuyas

hecatombes, cuyo resultado horrorizará e infundirá pavor de muerte».

Padre universal amantísimo, había dejado oír su voz para evitar la terrible catástrofe; pero su voz todo amor, todo caridad, todo dulzura, no fué escuchada y ante la dureza de los soberanos de la tierra elevó su alma dolorida al Rey de los cielos, pidiéndole que apagase cuanto antes la funesta

za, temblando de emoción cuando hablaba de la conflagración europea, y llorando con verdadero desconsuelo al pensar en el espectáculo de muerte y desolación que habrá de presenciar el mundo en la lucha actual.

Dios misericordioso, llamándolo a su seno, ha querido apartar de sus labios el cáliz de amargura y premiar sus excelsas virtudes cerrando sus ojos an-



Riese. - Casa en donde nació Pío X. (De fotografía.)

hoguera de la guerra e hiciese que los que gobiernan los pueblos abrigaran sentimientos de paz.

Todas las noticias referentes a los últimos días de su vida nos lo presentaban sumido en mortal trisie-

tes de que la catástrofe estallara en toda su imponderable magnitud.

José Sarto, que así se llamaba Pío X, nació en Riese el 2 de julio de 1835, de una familia humil-



Ultimo consistorio público celebrado por S. S. Pío X el día 28 de mayo de este año para imponer la birreta a los cardenales creados en el Consistorio secreto del día 23
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

disima, y después de haber comenzado sus estudios en el país natal, los completó en el colegio de Castelfranco. Cursó en Padua toda la carrera eclesiástica y a la edad de veintitrés años fué ordenado de presbítero; poco después fué nombrado párroco de Tómbolo y luego de Salzano de Mestre, habiendo demostrado en ambas parroquias un celo apostólico tan grande, que el obispo de Trevisa lo llamó a su lado, le nombró catedrático del Seminario, director espiritual del mismo y canónigo, y le encargó del vicariato general de la diócesis.

En 1884 fué nombrado obispo de Mantua, donde fundó un Seminario y diez escuelas, y tantas pruebas de talento dió en el gobierno de aquella diócesis, que León XIII lo llamó frecuentemente a Roma para consultarle graves negocios y casos difíciles de conducta y de doctrina. Y tal concepto llegó a formar aquel Pontífice del valer del obispo Sarto, que el 12 de junio de 1893 le promovió al cardenalato, con el título de cardenal de San Bernardo en las Termas, y tres meses después le confirió el altísimo cargo de patriarca de Venecia. Durante diez años rigió el cardenal Sarto aquella diócesis, y con su saber y sus virtudes conquistó el cariño rayano en adoración de sus diocesanos, logrando, además, la estimación del gobierno y el respeto y aun la admiración de sus mismos enemigos.

Fallecido León XIII, el cónclave eligió Papa el 4 de agosto de 1903 al cardenal Sarto, que tomó el nombre de Pío X.

La labor realizada por Pío X en su pontificado ha sido copiosísima y altamente provechosa para los intereses morales de la Iglesia y de la Religión, pudiendo decirse que su figura ocupará uno de los primeros puestos en la historia de los romanos pontífices. Tarea punto menos que imposible es explicar minuciosamente su obra; por esto habremos de limitarnos a señalar a grandes rasgos lo más saliente de la misma.

Reinstauró el canto gregoriano, proscribiendo de los templos la música de carácter enteramente profano que se había enseñoreado de ellos; formuló principios admirables sobre la democracia cristiana; supo ahogar la herejía modernista que poco a poco se iba introduciendo en la Iglesia y minando lo mismo los dogmas que la disciplina eclesiástica; dedicó su mayor solicitud a la propagación del sacramento de la Eucaristía, recomendando la comunión diaria y la de los niños desde la edad de siete años, y prestando todo su apoyo a los Congresos Eucarís-

ticos; creó la Unión apostólica, cuyas tutelares instituciones tanto bien han hecho al sacerdocio; introdujo sabias reformas en la Curia romana y en las Sagradas Congregaciones; demostró singular afecto a

EL RDO. P. FRANCISCO JAVIER WERNZ

Pocas horas después de fallecido S. S. el Papa Pío X, moría también en Roma, en la Residencia de los Jesuitas, el Rdo. P. Francisco Javier Wernz, general de la Compañía de Jesús.

Nació el P. Wernz en Rottweil (Wurtemberg) el día 4 de diciembre de 1842 y el 5 de diciembre de 1857 ingresó en la Compañía de Jesús, estudiando Humanidades en Gorhem y en Friedrichsburg y Filosofía en el Colegio de la Virgen del Lago de Aquisgrán.

Al estallar la guerra franco-prusiana de 1870, cuando el gobierno alemán ordenó a todos los jesuitas que acudieran al teatro de la guerra a cuidar heridos, el hermano Wernz fué enviado a la frontera y prestó sus primeros servicios en la célebre batalla de Gravelotte.

Ordenado sacerdote en 1871, hizo sus estudios ampliarios en Holanda e Inglaterra, dedicándose especialmente al estudio del Derecho canónico. Como catedrático de esta asignatura pasó en 1882 a la Universidad Gregoriana de Roma, en donde trabajó con tal acierto que, años después, S. S. el Papa Pío X le dedicó grandes elogios. Por aquel entonces publicó sus famosísimas obras, entre las cuales sobresale la titulada *Jure Decretalium*, que mereció las más calurosas alabanzas del mencionado Pontífice, quien le nombró consultor de la Congregación de Negocios Eclesiásticos extraordinarios, de la Comisión codificadora del Derecho canónico, de la Congregación del Santo Oficio, de la del Índice y de la del Concilio, y en 1909 le encargó del Instituto Bíblico para que se opusiera, en la interpretación de la Sagrada Escritura, a los estudios de los modernos racionalistas.

También S. S. el Papa León XIII le había distinguido con su especial afecto, habiéndole llamado para formar parte como consultor de las congregaciones de la Santa Romana Inquisición, de la del Concilio y de la especial para la revisión de los Concilios provinciales.

El 5 de agosto de 1906, a la muerte del P. Martín, de quien fué auxiliar valiosísimo, fué elegido general de la Compañía de Jesús. Durante los ocho años en que ha ejercido tan importante cargo, ha hecho labor muy notable en provecho de la Compañía, habiendo ampliado el Instituto de ésta, fundado nuevas provincias, tales como las de México, Canadá, Neo Aurelianense y California, y creado casas profesas en Madrid y en Valencia.



El Rdo. P. Francisco Javier Wernz, general de la Compañía de Jesús, fallecido en Roma el día 20 del actual. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

las órdenes religiosas; atendió con especial solicitud a la propagación de las misiones católicas, a la difusión de la buena prensa y al fomento de los estudios bíblicos, y emprendió la Codificación del Derecho Canónico, obra gigantesca que la muerte no le ha dejado terminar.

Fuó Pío X un gran sabio; fué también un santo, un padre amorosísimo de toda la cristiandad, que en el cielo habrá recibido el premio de su bondad inagotable, de sus altísimas virtudes.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el
El más activo y económico, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Póne y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B^a St-Denis, 46

DENTIFRICOS HIGEIA

ELIXIR POLVOS CREMA

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET Y HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

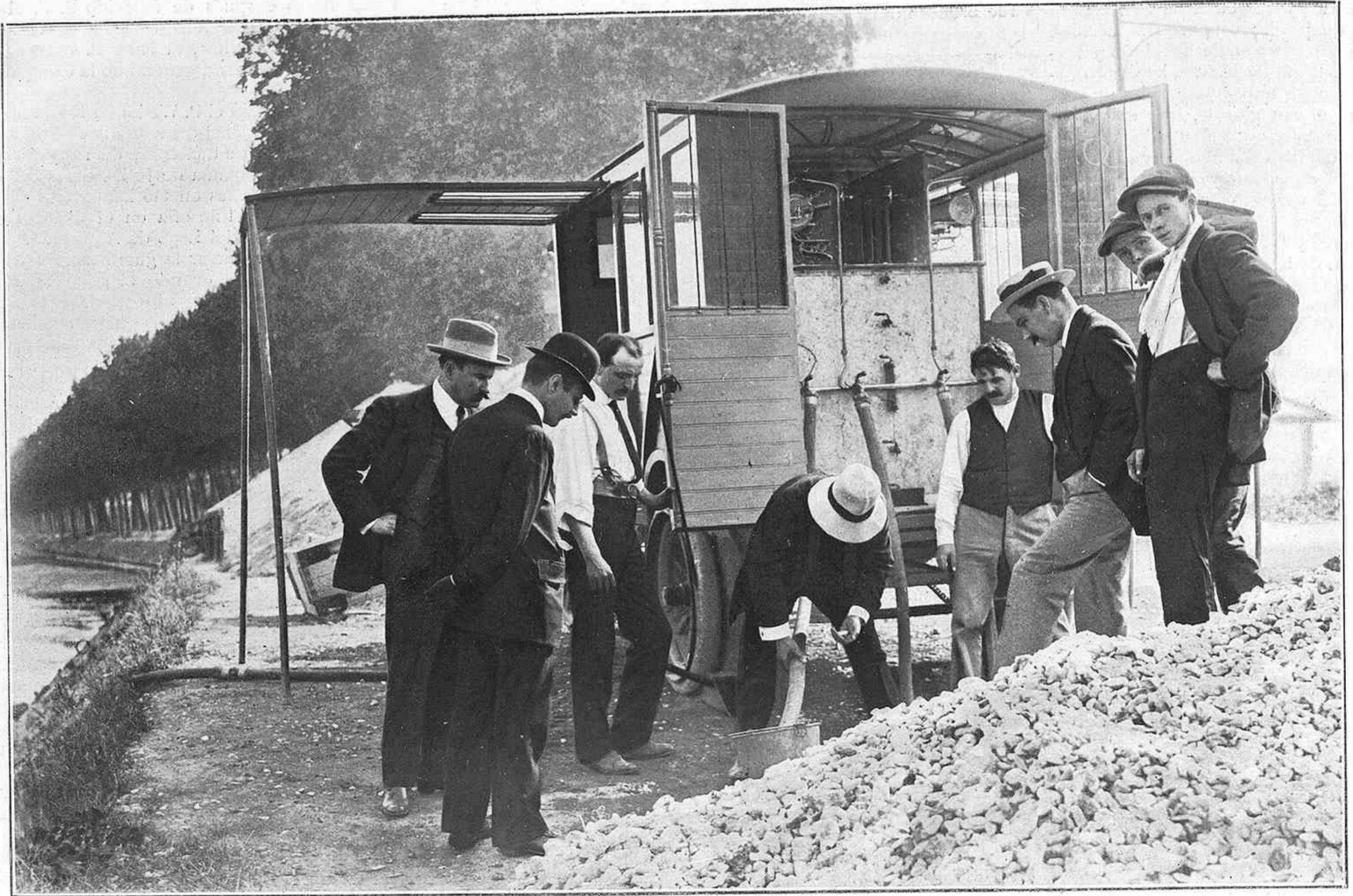
GANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPIADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en oajas, para la barba, y en 1/2 oajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LA GUERRA EUROPEA. - LOS SERVICIOS DE LA ADMINISTRACIÓN MILITAR FRANCESA.



Esterilización del agua para el ejército. - El agua, tomada de un lago o de un río, es conducida a unos recipientes en donde se la esteriliza y hace potable para ser distribuida entre los soldados. (De fotografía de Branger.)

PARA ELLAS

por D.^a ADELA SÁNCHEZ CANTOS DE ESCOBAR
Colección de novelitas y cuentos dedicada a las señoras.
Un tomo lujosamente encuadernado a 5 pesetas para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LA ATMÓSFERA

GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA
Obra escrita por CAMILO FLAMMARIÓN
Dos tomos ricamente encuadernados a 5 pesetas uno para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

FUMISTERIA: CAÑAMERAS
Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis



VERNET-LES-BAINS

EL PARAÍSO DE LOS PIRINEOS

Clima fresco y seco. Aguas sulfurosas sódicas (28° a 66°). Tratamiento de reumatismo, dermatosis, neurosis, afecciones respiratorias, etc.
Establecimientos termales modernos. Hoteles con gran confort moderno. Gran Casino. Juegos varios. Operetas. Concurso hípico internacional. Concurso internacional de tennis, etc.

PÍDASE EL FOLLETO ILUSTRADO (FRANCO) A E. Y O. KIECHLÉ,
ADMINISTRATEURS, VERNET-LES-BAINS; PIRINEOS ORIENTALES, FRANCE

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN